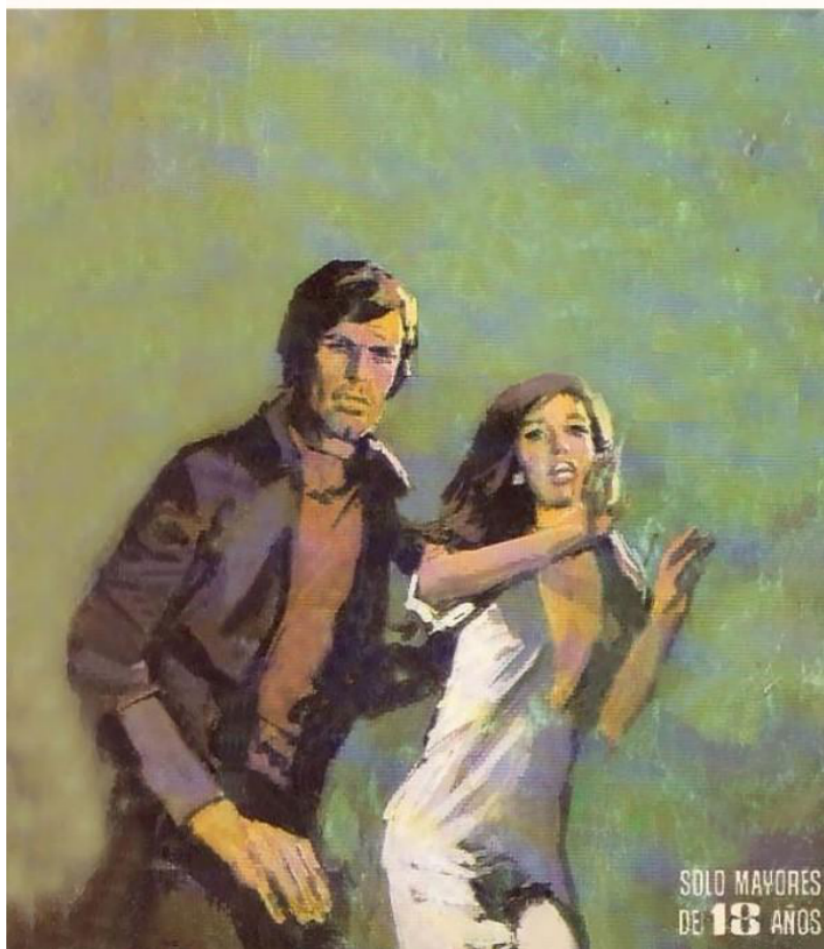


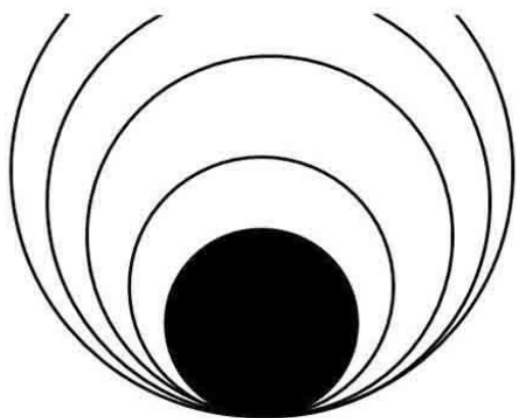
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

MAITE, LA CHICA DE LA RADIO

Frank Caudett





PUNTO ROJO



FRANK CAUDET

MAITE, LA CHICA DE LA RADIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.061
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 23.158 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1982

1ª edición en América: febrero, 1983

© Frank Caudett - 1982

texto

© Desilo - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

1.052 —Fiebre de navajas en sábado.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.665 —Un crimen en mi escalera.

En Colección CALIFORNIA:

1.290 —Lo que el viento nos dejó.

En Colección KANSAS:

1.227 —Justicia en Monterrey.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

788 —¡Impasible!

En Colección COLORADO:

1.292 —El valle de los justos.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.056 —Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

503 —Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 —Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 —Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

502 —Se precisa un gun-man.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

536 —Gentil, pero con revólver.

Te escribí en una ocasión que algún día sería bonito recordar que te había conocido: la frase, hoy, sigue siendo perfectamente válida.

Lo triste es que haya tenido que recurrir a la ficción literaria para darle cierta realidad a un destino que debió ser, que estuvo a punto de ser y que como otros tantos destinos, a lo ancho y largo de la vida, no fue.

No vale de nada lamentarse ni buscar un culpable al por qué esa realidad no nos la dio la propia vida; es absurdo pensar ahora en quién de los dos se equivocó: ¿Tú... Yo... Ambos?

Aunque hubieses sido tú, no te guardaría rencor por ello; no te lo guardo, en verdad, ni por el hecho de que todavía no hubieses aprendido lo que era amor, lo que es amar.

Y no te lo guardo porque aunque entonces lo pareciese, no fui yo el perdedor. Nunca pierde quien más ama... y ése, no lo dudes, fui yo.

Suerte, chica de la radio.

CAPÍTULO PRIMERO

Brooklyn, distrito de New York City.

1317 de Shore Parkway.

Y la mujer... para empezar.

Ella, precisamente, que llevaba un periódico en la mano y que miraba de un extremo a otro del interminable pasillo que más bien semejaba el andén de una concurrida terminal ferroviaria, daba la sensación de sentirse como perdida, torpe, abrumada... entre aquel tropel dinámico, entre aquella jauría febril de gente que iba, venía, cruzaba y transitaba, por el inmenso vestíbulo del edificio ubicado en Shore Parkway 1317.

Al fin, con un suspiro de alivio y con la misma alegría que el perdido mercader en el desierto se manifiesta al caer de bruces en el refrescante oasis, descubrió la garita del ordenanza, que parecía un moderno kiosko perdido en la lejanía interior de aquella mole granítica, y se fue rectamente hacia ella.

Dentro de aquella jaula encristalada sobre un bastidor metálico había un joven de expresión simpática y solícitas maneras.

—¡Buenos días, señora! —La saludó, llevándose dos dedos de la diestra al borde de la visera de su gorra gris—. ¿En que puedo servirla?

—¡Uf...! Me consuela oírle. Creí que estaba en otro planeta —dijo ella con una sonrisa a flor de labios—. Por un momento he experimentado la misma sensación que cuando llegué a Nueva York por primera vez.

—Normal, señora —quiso tranquilizarla el muchacho—. No es usted la primera. Les sucede a muchos en este edificio. Pero para eso estoy yo, para orientarles. ¿A quién busca?

Ella le mostró el periódico por la hoja que lo llevaba abierto señalándole el anuncio insertado a un cuarto de plana con el siguiente texto:

¿TIENE USTED PROBLEMAS, AMIGO?
PORQUE QUIERE, DESDE LUEGO...
EN SHORE PARKWAY, 1317, DERRICK HUDSON...
¡LE ESPERA PARA SOLUCIONARLOS!

—¿Es aquí, esto?

—En efecto, señora. Planta vigésima, despacho J. Allí encontrará al señor Hudson. Coja el segundo elevador contando desde la derecha, que sólo se detiene en las plantas pares.

—Gracias... de no ser por usted me hubiese sentido perdida por aquí toda la mañana.

—Ha sido un placer, señora. Que tenga suerte... ¡y que el señor Hudson solucione sus problemas!

—Con esa esperanza he venido.

Y se fue hacia el ascensor que le había indicado el conserje.

Segundos después se encontraba en la planta 20. Otra vez desorientada... ¡No, ahora, no! Las flechas, con sus números y letras, señalaban convenientemente la situación de los apartamentos.

20, despacho J.

Se detuvo frente a la puerta observando la placa metálica que decía lo siguiente:

DERRICK HUDSON, PRIVATE EYE

Su índice se dirigió hacia el zumbador pero, durante unos instantes, quedó en suspenso, sin atreverse a oprimirlo, como si le faltasen fuerzas para hacerlo. Como si dudara. Como si no estuviera lo suficiente segura del por qué había llegado hasta aquella puerta.

Alzó el periódico que seguía sosteniendo en la izquierda, releyó el anuncio y decididamente, sin vacilar ahora, oprimió el timbre.

Diez segundos, veinte...

Se abrió la puerta.

—¡Hola! ¿Quiere pasar, por favor?

La duda volvió a flotar en los ojos oscuros de la mujer.

Quizá porque la imagen externa del que le había abierto la puerta no respondía exactamente a lo que ella esperaba... o quizá porque volvía a experimentar las mismas dudas de momentos antes.

Miró al hombre con atención, con sorpresa también y puede que

hasta decepcionada.

Era joven, puede incluso que demasiado. Alto, de complexión atlética y se le adivinaba ágil y elástico en todos sus movimientos lo mismo que un felino. Pero su indumentaria anárquica y descuidada contravenía su apostura física. Llevaba un grueso jersey de cuello cisne, color gris con unas franjas rojas... un jersey de aquellos que se llevaban en las estaciones invernales de sky, complementado con unos vaqueros azules con los bajos vueltos en dobladillo y bambas de baloncesto.

Despeinado, con rebelde flequillo sobre la frente. Ojos azules de brillo burlón cuyo color contrastaba con el negro intenso, casi chispeante, del cabello.

—¿Es usted Derrick Hudson?

—Lo soy, señora —repuso él con cierta ironía. Añadiendo—: Aunque lamento no ser el Derrick que usted esperaba. Pero... ¿quiere pasar?

—¡Oh, sí...! ¿Sabe leer el pensamiento?

—Su expresividad ha sido tan elocuente —dijo el detective mientras la precedía hasta su despacho— que no me ha hecho falta leerle el pensamiento. Siéntese, por favor —él, lo hizo detrás de la mesa. Preguntó—: ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tengo problemas, ¿sabe?

—Me lo imagino.

—Y como he leído el anuncio suyo en el New York Times...

—El anuncio habla de mí —la corrigió él con una sonrisa afable —, pero no es mío. Quiero decir que no lo he puesto yo. Entre otras razones porque no estoy en condiciones de permitirme semejante despilfarro. ¿Tiene idea de lo que vale un cuarto de página en el Times? ¡Ni yo! Se trata de una gentileza de un buen amigo que, todavía no sé por qué razón, se sentía obligado hacia mí. ¡Vaya, la estoy aburriendo! Me ha dicho que tenía problemas: hablemos de ellos.

—Verá... —Se mordía el labio inferior con nerviosismo y apretaba fuertemente el periódico entre los dedos de la zurda.

Derrick, consciente, quiso ir rompiendo el hielo antes de entrar en materia:

—¿Le importa decirme su nombre?

—¡Oh, no, claro! —exclamó, azarada—. Perdone. Debía haber

empezado presentándome, pero... Me llamo Viola Carvajal.

—¿Sudamericana?

—Hondureña.

—Bonito país Honduras —comentó el detective—. No se sienta nerviosa, Viola, y trate de explicarme por qué ha venido a verme.

Mientras ella intentaba vencer definitivamente sus vacilaciones e incertidumbre, Derrick la estudió con disimulo. Su edad no estaba muy por encima de los treinta y su aspecto físico era agradable. En su rostro cobrizo existían los rasgos característicos de los sureños: ojos grandes y negros, nariz un tanto chata, labios muy carnosos; exótica su faz en líneas generales. El cuerpo era sensual y exhaustivo, con pechos firmes —ahora agitados por el nervioso aceleramiento que les imponía la respiración— y desafiantes, curvas bien pronunciadas y atractivas, todo cuanto hacía de una mujer la necesidad de poseerla.

«En fin... —pensó Hudson—, sólo es un posible cliente. Aunque mejor sería una efectiva amigueta. No tengo remedio...».

—He venido por mi hermano, señor Hudson.

—Derrick a secas. ¿Es su hermano el de los problemas?

—Creo que sí.

—¿De qué índole?

—Verá —empezó a explicarse, aparentemente más decidida—. Mario Alberto es futbolista.

—Eso no es un problema, Viola —bromeó Derrick, siempre quitando hierro al asunto—; es un deporte, ¿no?

Una tímida sonrisa floreció en los carnosos labios de la mujer.

—Sí... Pero en el caso de mi hermano se unen ambas cosas. Hace apenas cuatro días era un perfecto desconocido que jugaba en las categorías inferiores pero, un técnico del TEGULCIGALPA CLUB DE FUTBOL se fijó en él recomendando su fichaje y, a partir de ahí, cambió el sino de Mario Alberto. Su carrera desde ese instante ha sido una continua y vertiginosa ascensión hasta el extremo de que el seleccionador de Honduras lo incorporó al equipo nacional con el que ha jugado la fase clasificatoria del Mundial-82.

—Todo un éxito, digo yo.

—Hay más. El mes pasado Mario Alberto recibió la visita de un tal Herbert Fleasence, promotor deportivo del «soccer»[1], proponiéndole un contrato sustancioso para firmar por el F.

C. MILLONARIOS NEW YORK

. El no se ha distinguido nunca por reflexión, puede que por ser muy joven o porque nuestra mísera cuna ha hecho de él un muchacho excesivamente ambicioso... fuera por lo que fuese, gestionó el permiso con la Federación Hondureña para poder salir del país y aceptó ese contrato viniéndose a Nueva York. Llegó nace poco menos de una semana.

—Hasta aquí, Viola, y perdóneme que insista, no veo problema alguno. Sólo veo la próspera carrera de un futbolista que ha venido a Nueva York para ganar buena plata, como dicen ustedes allá. ¿Le importaría concretar?

—Bueno... —Volvía a mostrarse nerviosa—, he creído necesario este preámbulo antes de...

—Tranquila, tranquila, la escucho con atención. Sólo trato de ayudarla para que se le haga más sencillo explicarme lo que a usted parece asustarla.

—Sí, sí... Mario Alberto se instaló en mi apartamento y dos días después de su llegada a la ciudad vinieron a visitarle tres individuos extraños, cuyas pintas no me gustaron en absoluto. Les dejé solos en el *living* pero mi piso es muy pequeño y aunque no quieras...

—Escuchó usted lo que hablaron, ¿no?

—Sí...

—¿Y? —siguió interrogando Derrick Hudson.

—Con muy buenas palabras le plantearon una especie de extorsión. Tiene que pagar un porcentaje de la cantidad de su ficha y una cuota mensual si desea jugar al fútbol en Nueva York. Le aseguraron que todos los futbolistas pagaban sin rechistar esa... digamos contribución, que les garantiza el poder jugar y les garantiza una protección general para que no sufran accidentes fuera de los campos de fútbol.

—¿Cómo reaccionó su hermano?

—Fatal —dijo Viola—. Tiene mucho temperamento y se rebela ante las injusticias. Los echó de casa poco menos que a patadas.

—¿Y luego?

—El asunto le tiene muy preocupado, lo sé y lo veo. Ayer firmó el contrato con el F.

C. MI

LLONARIOS DE NEW YORK...

—¿Importe?

—Doscientos cincuenta mil dólares por dos temporadas.

—¿Y cuánto le pedían los chantajistas?

—El veinte por ciento de la ficha...

—¡Sopla! —exclamó el detective—. ¡Cincuenta de los grandes! Parece un buen negocio.

—... y mil dólares de su sueldo mensual.

—Lo que digo: un negocio sano y sin correr el riesgo de que les rompan una pierna. ¿Ha hablado Mario Alberto con alguien de este asunto?

—No... que yo sepa. Quiso hacerlo con el promotor, con ese tal Fleasence, pero desistió. A no ser que la llamada que recibió ayer por la noche le haya hecho cambiar de opinión. —¿Llamada? ¿De los extorsionistas?

—Sí... No pude escuchar lo que le decían, pero lo adiviné por las respuestas de Mario. Le... le estaban amenazando de muerte.

—¿Y él... —apuntó el detective— no ha pensado en ir a la policía?

—No, no lo creo. Piensa que aquí, en Norteamérica, se da muy poca importancia a los problemas de los sureños. Incluso me dijo que las autoridades yankis se alegran de la muerte de cualquier sudamericano. Hay que disculparle porque está nervioso y confundido.

—Lógico —afirmó Hudson—. Yo, en su lugar, también lo estaría. ¿Sabe él que ha venido a verme?

—¡No! —negó Viola con cierto sobresalto. Puntualizando—: Además, aun queriendo, no se lo habría podido decir. He leído el anuncio esta mañana...

—Pero de todas formas usted pensaba acudir a alguien, ¿no?

—Realmente... no. Fue ayer por la noche cuando empecé a darle vueltas a esa posibilidad. Después de que Mario Alberto recibiese la llamada que le he referido y después de que me dijera lo de la radio...

—¿La radio? No entiendo, Viola. Quiere ser más explícita.

—Sí —cabeceó la mujer. Ampliando—: El mismo día de su llegada a la ciudad una joven periodista de la radio se puso en contacto con Mario Alberto para gestionar una entrevista con él a través de las ondas. Mi hermano, en principio, se negó, pensando

que quizá, tan pronto, la publicidad no le resultara beneficiosa. La muchacha siguió insistiendo e incluso salieron juntos un par de noches. —Viola miró con rectitud a los ojos del detective y prosiguió, con evidente intencionalidad—: Las mujeres, cuando queremos o necesitamos algo de un hombre... somos muy zorras. Pero al final, solemos conseguirlo.

—¿Intenta decirme que esa periodista radiofónica está al corriente de lo que le está sucediendo a Mario Alberto y...?

—No sólo eso, sino que esta tarde mi hermano será el personaje invitado en el programa deportivo que ella presenta y acudirá dispuesto a explicar lo que ocurre y las amenazas chantajistas de que está siendo objeto. ¡Firmará su sentencia de muerte! Es por eso que he decidido buscar ayuda y el anuncio me ha traído hasta aquí. El asunto es cosa de la Mafia, Derrick... y yo tengo una desagradable experiencia con esa gente.

Ahora, el joven detective, se sorprendió visiblemente.

—¿Usted?

Viola Carvajal se mostró entera y serena.

—Si —dijo con rotundidad. Agregando—: Cuando llegué a Nueva York pronto me di cuenta de los obstáculos y dificultades que iba a tener que sortear. Nadie quería darme trabajo y el que me lo daba era con un sueldo mísero y encima me exigían ciertos... favores. Sólo existía una solución rápida para mi estado de emergencia, pero yo no había abandonado mi país para pasar por las braguetas yankis a cambio de cincuenta cochinos dólares por sesión. Tuve la suerte de tropezarme con Frankie...

—Y se lió con él, ¿no? Perdóne la crudeza del término, pero he creído intuir...

—Es la verdad. Me lié con Frankie, sí. Los negocios le iban bien... Más tarde supe que pertenecía a la organización: apuestas, drogas, etc. Llegué a convencerle, con el tiempo, de que debía dejar aquello. Me amaba de verdad y quiso complacerme. Apareció una mañana flotando sobre las aguas el East River con el estómago lleno de plomo —sollozó amargamente, exclamando—: ¡No quiero volver a vivir la misma situación con mi hermano! ¡Ayúdeme, por favor!

Derrick Hudson permaneció unos instantes en silencio. Dijo al fin:

—Los sistemas de la delincuencia se modernizan y han

alcanzado hasta el deporte, tema que no es precisamente mi especialidad y en el que tengo la sensación de no ésta, llamado al éxito —se mesó los rebeldes cabellos antes de agregar—: Además, mal veo lo que pueda hacer, si su hermano está decidido a publicar su situación a los cuatro vientos a través de las ondas. ¿Por qué no trata de encontrar a una persona más idónea?

—¡Tengo un grave problema! ¿Qué puede importar su vinculación con el deporte cuando la Mafia anda de por medio? Usted ha dicho que mal ve las cosas si Mario Alberto hace pública su situación, ¿no? ¡Evítelo! ¡Evite que hable por radio!

—Es un derecho humano, democrático y no sé cuantas cosas más, que yo no puedo impedir. Yo no redacté la Constitución de los Estados Unidos... ni tampoco puedo contravenirla, ¿no lo entiende?

—¡Tiene que impedir que esa entrevista se lleve a cabo! —Estaba excitadísima—. ¡Es mi hermano! ¡Lo matarán! Usted tiene que ayudarme... ¡tiene que hacerlo! ¡Le pagaré lo que sea! Frankie me dejó arreglada económicamente... ¡Usted está obligado a ayudarme!

—Obligado, no —corrigió él, suavemente.

Viola Carvajal miró al detective con ojos suplicantes y llorosos.

—Perdóneme... estoy muy nerviosa. Se lo ruego, Derrick, ¿me ayudará? —Y abriendo el bolso de mano puso cinco mil dólares encima de la mesa—. ¿Son suficientes para empezar?

—Guarde ese dinero, por favor. Los asuntos económicos los dilucido al final... una vez solucionado o no el caso. Voy a intentarlo... por usted, Viola. Pero no le garantizo nada.

—¡Gracias!

—Hábleme de esa periodista radiofónica con quien su hermano parece tener... cierta confianza.

—Se llama Mayte. Ignoro el apellido. Parece ser que en los medios de difusión se la conoce como Mayte, la chica de la radio.

—¿En qué emisora trabaja? —siguió preguntando Derrick.

—En el Canal V de la JBC. Presenta todas las tardes, a las cinco treinta, un programa que se titula El soccer al minuto.

—¿Y es en el programa de hoy en el que Mario Alberto está dispuesto a manifestarse?

—Sí... si usted no lo impide.

—Ya le he dicho que eso lo veo difícil. Será cuestión de hablar

con esa chica de la radio... —Miró a Viola tratando de infundirle ánimos y preguntó—: ¿Por qué no me deja su dirección?

—¡Oh, sí, claro! —exclamó ella, más tranquila—. Vivimos en el Queens: Springfield Boulevard, 869.

—O. K. —cabeceó el detective tomando nota en una cuartilla. Y dijo—: Será cuestión de que ponga manos a la obra. La mantendré informada de mis... supuestos progresos, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! ¡Y gracias otra vez!

La acompañó hasta la puerta.

Allí, Viola Carvajal, empujándose sobre la puntera de sus zapatos, se colgó del cuello del desaliñado detective y clavó sus labios sureños, húmedos y carnosos en los de él. Derrick la estrechó con fuerza estimulado por el tibio contacto de los pechos de la hembra contra su torso. Apuró la caricia al máximo y...

—¿Te importaría cenar conmigo esta noche, Viola?

—¿Pasarás a recogerme, Derrick?

—O. K. A las diez en punto.

CAPÍTULO II

Su madre ya se lo decía cuando adolescente:

—Hijo mío, parece como si te hubieses peinado con un tenedor.

Derrick se acordaba con frecuencia de aquella frase materna cada vez que iba a echar mano al peine y entonces terminaba alborotándose los cabellos, todavía más, con la yema de los dedos.

Y eso mismo hizo ahora antes de abandonar su oficina.

—Hablaré con Stewart —se dijo para sí mientras daba vuelta al llavín en la cerradura—. Al fin y al cabo es él, con su maldito anuncio de marras, quien me mete en estos berenjenales. Además, siendo del oficio, debe conocer a ese terror femenino de las ondas...

Puso proa al panel de elevadores.

Para variar... ¡todos funcionando!

Pero pronto se detuvo el local y sus puertas automáticas se fueron una a cada lado. Iba a bordo un individuo.

—¿Sube... o baja? —inquirió el detective.

—Subo... pero sólo hasta la 24. Luego puede usted bajar...

—Sí. Será mejor que estar esperando —y se coló en el ascensor.

Segundos después paraba en la 24. Un hombre aguardaba y...

—¿No baja usted? —se extrañó Hudson, al tiempo que se corregía mentalmente diciéndose que a él qué puñetas le importaba...

Le importaba y mucho.

El que había dicho que se apearía en la 24 no lo hizo. El que esperaba si entró...

Derrick Hudson intuyó algo anormal, sí.

Pero no le dieron tiempo a seguir intuyendo.

El que acababa de entrar, un menda de considerable envergadura física, lo cazó con sus brazos que parecían dos garrotes inmovilizando los del detective después de trabárselos a la espalda. El otro, luciendo una feroz sonrisa, le incrustó el puño en la boca

del estómago.

—Queremos evitar que te metas en líos, pesquisa —dijo el que le había golpeado, tras pulsar el *stop* del ascensor entre dos plantas.

Derrick, encogiéndose a consecuencia del trallazo, hizo un esfuerzo por recuperar el aliento. Respirando con dificultad, inquirió:

—¿Puedo saber... qué diablos quieren de mí?

Ahora, con evidente placer, le estrelló los nudillos en mitad de la boca.

—Te lo he dicho, querido. Somos gente de buena voluntad que deseamos evitarte problemas.

El otro gorila seguía manteniéndole inmovilizado. Partidos los labios, Hudson sangró por la boca.

—¡Pareja de hijos de perra! —Escupió, entre hilillos rojizos.

—¿Te das cuenta, Biff? —preguntó irónico, a su colega, el que estaba castigado a Derrick—. ¡El mundo está lleno de desagradecidos! Les enseñas el camino del bien, les quieres dar un consejo de amigo... ¡y ya ves cómo te lo pagan! Con insultos.

—¿En qué líos no he de meterme, matón?

—¡Eh, Biff! —exclamó de nuevo con su talante burlón—. ¿Lo has oído? ¡Este fulano nos sigue ofendiendo!

—Sí, Jack. Eso se debe a que estás siendo blando con él, ¿no te parece?

—Puede que tengas razón, Biff. Pero estoy a tiempo de...

Iba a pronunciar corregir. Pero no completó la frase porque la puntera del zapato derecho de Hudson entró en violento contacto con sus genitales. Se apelotonó como un ovillo contra un rincón del detenido elevador, llevándose ambas manos a la zona castigada.

—¡Aaaaag!

El llamado Biff se vio doblemente sorprendido...

Podríamos decir que fue sorprendido en dos tiempos; tiempo uno: por la inesperada agresión del pesquisa a su compañero de felonías; tiempo dos: porque Derrick, haciendo gala de una capacidad de maniobra insospechada y aprovechando que el otro había aflojado levemente la presión de sus brazos, le clavó un codazo en mitad del plexo dejándolo sin resuello.

Libre, Hudson, se encaró con Biff, sacudiéndole al unísono dos brutales mazazos a ambos lados del cuello con el canto de sus

manos. Se vino abajo como un pelele.

Jack intentaba moverse pero Derrick, percatándose del tímido inicio, no se anduvo con chiquitas: le arreó un patadón en la boca estrellándole contra el mamparo del cubículo rectangular y lo puso K. O.

Velozmente puso el elevador en marcha para detenerlo en la planta inmediata. Pidió con el pensamiento que nadie estuviese aguardando y un suspiro de alivio se escapó de sus ensangrentados labios cuando al abrirse las automáticas comprobó que el descansillo estaba desierto.

Sin pensárselo dos veces sacó al tal Jack arrastrándolo y pulsó el botón de la planta baja remitiendo al llamado Biff con su inconsciencia a cuestas para sorpresa del primero que se metiera en el ascensor.

—A ver si tengo suerte... —murmuró, mientras arrastraba de nuevo al que su colega llamaba Jack.

Y la tuvo.

Porque logró meterse en los aseos sin ser visto por nadie llevando a rastras al matón, y se encerró en uno de los sanitarios, corriendo el pestillo. Derrick tenía reacciones muy raras...

Como ahora la de meter la cabeza de Jack en la taza y tirar de la cisterna para espabilarlo. El chorro de agua y posiblemente el olor, obró milagros.

Hudson le dio un meneo más que regular.

—¿Qué, paisano, dispuesto a conversar?

—¡Eh...! —Todavía estaba ligeramente atontado—. Yo...

—Tú eres un buen samaritano que va por la vida dando sanos consejos a los demás, lo sé —se burló el detective—. Y ahora quiero que me expliques por qué eres tan bueno, ¿hace?

Y le animó con otro meneo.

Jack, parpadeando, miró al pesquisa. Su expresión era elocuente y estaba claro que él tenía todas las de perder.

—Verá yo...

—Cumple órdenes, también lo sé. Por eso quiero que me digas quién te ha mandado seguir a Viola Carvajal y darme a mí el sabio consejo de que no me meta en problemas. Te escucho, bondadoso Jack...

—Me dedico a esto, ¿entiende? Una llamada telefónica, un

encargo y luego recibo la pasta. Ignoro quién da la orden...

El espacio, como se comprende, era limitado. Por eso al recibir de lleno un estremecedor puñetazo en pleno rostro, Jack rebotó en todas las paredes del WC.

—¡Aaaaay!

—Guarda para cuando no haya, hijito. ¿Me has visto cara de idiota, Jack? —Lo atrapó por las solapas de la chaqueta pero en lugar de seguir calentándolo le quitó la cartera para revisar sus documentos—. Así que te llamas Jack Bender y te dedicas a esto, ¿eh? Y no sabes quién te da los encargos... Pues esta vez tendrás que hacer un esfuerzo o de lo contrario tu cabeza pasará al fondo de la taza para aspirar los efluvios del bosque... ¿Por cuenta de quién seguáis a Viola?

La última pregunta fue acompañada de un estimulante rodillazo en la barbilla que hizo sangrar de nuevo a Bender.

Pensó que era inútil seguir negando y seguir cobrando.

—Ulli Eberth.

—Buen chico. ¿Y quién es tu amigo Eberth, a qué se dedica?

—Trabaja para alguien importante... ¡pero le juro que no sé para quién! Controla un grupo de tipos de acción como yo y nos da las órdenes. Hace un par de días que nos encomendó a Biff y a mí seguir a esa mujer... advirtiéndome que había la posibilidad de que acudiera a la policía o a un pesq... ¡perdón!, a un detective. Si sucedía esto último debíamos...

—Aconsejar al detective que no se metiera en problemas, correcto. Y... ¿dónde se deja ver tu jefe Ulli Eberth?

Jack se mesó el cogote. Unos instantes de vacilación porque sabía que se la estaba jugando por las dos vertientes. Malo si hablaba y peor si no lo hacía. Claro que, Hudson era el peligro más inmediato.

—¡Por favor! —gimió—. Esa gente no perdonan...

—Yo tampoco, matón. Raja o te crujo, ¿vale?

—De noche suele frecuentar el

O'SULLIVAN

CASINO.

Eso está...

—Sé donde está, querido. Y ahora, me quedará con tu documentación para poder probar en cualquier momento que

hemos charlado tú y yo, ¿eh?

—¡No! ¡Usted me va a hundir!

—Si eres buen chico tendré piedad de ti, Jack Bender de profesión tus consejos. Quédate aquí cinco minutitos y aprovecha para excretar si tienes ganas. ¡Hasta otra!

Y salió del WC dando un sonoro portazo.

CAPÍTULO III

Puso proa al Frankfurt de Tana que se alzaba en la confluencia de Shore Parkway con Cropsey Avenue.

Tana era una pelirroja de toda confianza.

—¿Quién te ha puesto esa cara, cielo?

—¿Y a ti quién te ha colocado ese par de melones debajo de la garganta?

—¡Grosero!

—¿Por qué no me curas en lugar de insultarme, muñeca?

—Pasa —accedió ella, señalándole la portezuela que se abría al final del mostrador.

Derrick entró justo para chocar con Tana y rozarse del todo por sus parachoques.

—¿Cómo estás, tía! —Y le dio un cachetazo en las nalgas.

—Mucho hablar... pero nada más. Ni me acuerdo de la última vez que nos acostamos.

—¿Por qué te empeñas en llevarme por los senderos de la lujuria y la perdición? —inquirió, la besó y continuó con el repaso a la parte posterior del agresivo estuche físico que exhibía la pelirroja.

—¡Anda, siéntate! —ella lo empujó hacia un taburete yendo seguidamente por una toalla seca con la que lavó los maltrechos labios del detective.

—No sé qué sería de mí sin una hembra como tú, preciosa...

—¿Quieres callarte? —Y con un algodón procedió a desinfectar los cortes que Jack Bender le produjera con el puñetazo. Después, mientras lo secaba con una gasa, musitó—: Eres como todos, sólo vais por el interés...

—Tú me interesas un kilo, prenda —y golpecito que te crió en la popa.

—¿Por qué no dejas de sobarme, eh?

Derrick la atrapó por un brazo y sentándola en sus rodillas

empezó por besarle la garganta y... A Tana se le cayó la gasa de los dedos.

—¡Canalla! Sabes que me tienes tonta y... ¡Sigue, mi amor sigue!

—Estas fuentes —dijo Derrick, retirando su boca de donde la tenía— debieran figurar en el catálogo del patrimonio nacional. ¡Pura delicia!

—¡Derrick! ¿No irás a dejarme ahora, de esta manera...?

—Tengo algo muy urgente que hacer, prenda. Pero volveré.

—¡Ah, no, de eso nada! ¡Tú no me haces esta putada! Me pones negra...

—Las duchas de agua fría van de coña, muñeca. ¡Hasta pronto, ciao!

Y salió del Frankfurt de Tana con las heridas restañadas mientras la pelirroja se acordaba de toda su generación.

Ya en la calle rechazó la idea de volver al *parking* del edificio para sacar el coche, decidiendo tomar un taxi que en media hora lo puso en la entrada de la redacción del New York Times.

Le dijo a la moneda que se encontraba en la garita de recepción tras unas gafas de montura aerodinámica:

—¡Cada día estás más bonita, Abel! ¿Qué te hacen por las noches que luces tan bien por las mañanas?

—Nunca cambiarás, Derrick. Eres golfo, sinvergüenza, hasta feote... pero me vas. Y sé que no has venido por eso, ¿verdad?

—Hoy no, linda. Pero un día vendré a pedirte todos esos encantos que almacena tu cuerpo molinero... ¡Tienes que saber a gloria pura!

—¿Por qué no me pruebas?

—Todo se os dará por añadidura —siguió bromeando el detective y estirando una mano para comprobar que Abe no llevaba sujetador—. ¡Qué cosas tan tiesecitas, madre mía! ¿Está en la casa ese perdido de Stewart Chiari?

—Acabaré pensando mal, Derrick.

—Craso error, linda. Nunca me he encamado con Stewart ni con ningún tío. Claro que, nunca se puede decir de este agua no beberé... ni con ese tío no me acostaré.

—Nunca pierdes el humor aunque sea negro y macabro. No te hago metido en eso.

—¡No me hagas, no me hagas, no me hagas así! —exclamó, sin

dejar sus comprobaciones—. Algún día te compraré un sostén que será toda una provocación, Abe. ¿Por qué no le dices al perdido de Chiari que estoy aquí?

Lo hizo, sirviéndose de la centralita telefónica. Suspirando, sí, porque Hudson no se estaba quieto.

—Dice que pases.

—O. K., linda. ¡Nos vemos!

Stewart Chiari estaba en su despacho enfrascado en la corrección de un artículo. Dijo, sin apartar la vista de las cuartillas:

—¡Bien venido, Perry Mason!

—Eres un cabrito, Stewart —largó Derrick al tiempo que se dejaba caer en la silla que había frente a la mesa—. Y lo eres por muy temprano que te levantes, ¿vale? ¡Quita ese maldito anuncio de una puñetera vez!, ¿quieres?

—Tu ira, hermano, te apartará del camino de los cielos. Estás condenándote...

—¡Tu mierda de anuncio me va a condenar! Esta mañana ya me han calentado la cara por...

Stewart Chiari acabó por desentenderse del artículo y alzó la cabeza mirando al detective. Era de mediana edad, unos cuarenta y cinco, años arriba, año abajo, grueso, bajo, calvo, pero de aspecto simpático en líneas generales.

—¿Quién se ha atrevido a tocar al gran...? ¿Quitar el anuncio dices? ¡Ni hablar, Perry Mason! Y ahora en serio... —Volvió a mirar con fijeza a Hudson y desgranó—: Tú me hiciste un favor de verdadero amigo y luego no aceptaste ni un chavo, ¿recuerdas, pesquisas? Quería escribir un artículo sobre drogas, metí las narices en mal sitio y me encontraron tirado en un callejón con un fiambre a mi vera y varios paquetes de nieve encima. Si tú no hubieses aclarado el enredo yo me estaría pudriendo en el talego... ¿Y quieres que retire el anuncio? ¡Ni hablar, Tito, ni hablar del peluquín! ¿Qué mal te ha hecho el anuncio? ¡Ah, ya, decías algo sobre que te han calentado!, ¿no? ¿Y tiene eso que ver con el anuncio?

—¡Tiene, puñeta!

—¿Puede usía ser más explícito? —volvió a ironizar el periodista.

—Menos cachondeo que esto es serio, Stewart.

—¡Adelante, te escucho!

—O. K. —y a partir de aquí, Derrick Hudson narró con puntos y comas todo lo sucedido desde el instante en que Viola Carvajal pusiera los pies en su despacho.

Y el asunto no debió parecerle tan grave a Chiari, quien exclamó:

—¡Eh, Tito! ¿Es que no te enteras? ¡Ése puede ser el caso de tu vida! ¡Te harás famoso, chaval! Se trata de una forma nueva de delinquir, un sistema distinto de extorsión... ¡Adelante, chico, adelante! Estás en el buen camino...

El detective miró a su amigo con cierta dosis de ira.

—¿Puedo saber cuándo dejarás de decir majaderías? ¿Qué buen camino ni que mierda? No tengo ni puta idea de deporte y menos de fútbol. Necesito de alguien que me oriente... suponiendo que los mafiosos no se me carguen antes.

—Mayte, hombre, Mayte... la chica de la radio. Ella te orientará —soltó Chiari de un tirón.

—¿Quién es Mayte? ¿Cómo es Mayte? ¿Dónde puedo encontrar a Mayte fuera de la emisora? ¿Cuándo puedo hablar con ella antes de que ese programa de hoy con la entrevista a Carvajal se lleve a cabo? ¿Hay respuesta, tío?

Chiari le obsequió con una cómica sonrisa.

—Bueno... he coincidido con Mayte alguna vez por esos mundos de la información. Es una menudencia con pelo largo rizado, cara de ratoncito y es dueña de un trasero de infarto.

—¡Me das vómito, tío! ¿Eso es todo?

—¡Paciencia, muchacho, paciencia! —exclamó. Añadiendo al tiempo que alzaba el auricular de su teléfono y discaba un número de tres cifras en el dial—: Llamaré al experto de la casa. ¡Eh, Sean! ¿Puedes venir a mi oficina un momento?

—Vale. Te espero ahora mismo.

Apenas quince segundos después de colgar se abrió la puerta dejando paso a un hombre de mediana edad, estaría alrededor de los cuarenta, aspecto e indumentaria deportiva, facciones correctas y sonrisa agradable:

—¡Hola! —saludó efusivamente.

—Gracias por venir, Sean. Te presento a mi buen amigo el detective Derrick Hudson. Derrick... Éste es Sean Duvall, nuestro

especialista en deportes.

—Ya será menos —dijo el recién llegado, estrechando la mano que le tendía el investigador—. Es un placer, Derrick.

—Lo mismo digo, Sean.

—Siéntate —le invitó Chiari, empujando hacia el otro la butaca con ruedas que empleaba para escribir a máquina.

—¿Y bien? —quiso saber el redactor jefe de deportes del New York Times, acomodándose.

Stewart Chiari, sin andarse con rodeos, expuso la situación. Preguntando acto seguido:

—¿Qué opinas, Sean?

Se pellizcó la barbilla y:

—Desde que el soccer tomó auge en Estados Unidos se ha venido comentando esa posibilidad. He oído distintas versiones al respecto y ninguna encaja con la composición de lugar que yo me he formado sobre el asunto. Admito la posibilidad de extorsión, sí, pero de una manera bastante... digamos particular. Parece ser, y hablo siempre en hipótesis, que ese sistema de chantaje se ha llevado a la práctica sólo con futbolistas de segunda fila; me explicaré: han quedado exentos hombres como Pelé, Chinaglia, Cruyff, etc., porque posiblemente la fama de que venían precedidos hubiera sido un instrumento de profunda repercusión y el asunto se hubiese aireado pronto y la policía hubiese trabajado activamente. Si admitimos esa opción hay que descartar de inmediato a la Mafia.

—¿Por...? —quiso saber Derrick, que había escuchado con enorme atención las exposiciones de Duvall.

—La Mafia, en primer lugar, suele pisar terrenos muy sólidos. Esa gente no se quema los dedos y mucho menos se embarca en aventuras dudosas. No acabo de ver a la Mafia, propiamente dicha, inmiscuida en el deporte. Además, si fuera cosa de ellos, no habrían hecho excepciones. Le habrían cobrado hasta al hijo de Reagan si hubiera sido futbolista. No... me mantengo en mis trece: si ese sistema de extorsión existe, y vamos a aceptarlo, es cosa de aficionados. Peligrosos, sí... pero aficionados.

—En el caso concreto de Mario Alberto Carvajal, ¿puede perjudicarle hacer público a través de la radio su... problema? —le preguntó el detective.

—Sí —cabeceó con firmeza Sean Duvall—. Sin lugar a la menor

duda. Tanto a nivel personal por las represalias que esa gente pueda tomar, como en lo que se refiere a su imagen futbolística. Al público puede molestarle que un... sudamericano, ya sé que resulta triste decirlo, pero no podemos negar que es así, denuncie la corrupción de unos norteamericanos sin aportar la más mínima prueba.

—¿Impedirías tú la entrevista? —intervino ahora Chiari.

—Tú sabes, Stewart, que nuestro mundo es muy complejo. No puedes ir a pedirle a un profesional que se coma la información, que se trague lo que él supone una primicia y, como en este caso, sensacionalista.

—La tal Mayte, ¿es sensacionalista? —quiso saber Hudson.

—Todos los informadores lo somos un poco... en el fondo. Se trata de una muchacha joven que na llegado pronto arriba y quizá a veces su falta de experiencia y su afán de ser noticiable la desborden.

—¿Dónde puedo dar con ella, que no sea la emisora?

—Bueno... —Ensayó aquel gesto peculiar de pellizcarse la barbilla—, normalmente, a las tres de la tarde, suele ir a tomar un bocado al PRINSEN RESTAURANT. Eso cae cerca del edificio de la JBC, en Vernon Boulevard a la altura del Queensboro Bridge, frente a Long Island. Será fácil que la encuentres allí alrededor de las tres de la tarde.

El detective se puso en pie.

—Gracias a los dos. Perdonad que os deje tan deprisa, pero quiero hacer unas gestiones antes de esa hora.

Estrechamiento de manos y a otras cosas... Derrick Hudson.

CAPÍTULO IV

Greenwich Village es uno de los barrios más variopintos y sorprendentes de la cosmopolita geografía neoyorkina.

Se ubica casi al sur y al oeste del gran Manhattan. Todo lo que se diga acerca de lo que sucede en el entramado laberíntico de sus hacinadas y tortuosas callejuelas puede ser verdad o mentira pero, en todo caso, la imaginación nunca dejará corta la realidad.

Hay de todo, como en botica.

Mujeres de moral relajada y bolsillo tuberculoso que alquilan lo que queda de sus encantos por una módica cuota en metálico a la que sumar el importe de la cama, como establecen los cánones. Las hay, incluso, que tienen su propio apartamento. Un servicio completo siempre conlleva un aumento en la tarifa.

Hombres del tercer sexo, que no de la tercera edad, precisamente solicitados de forma mayoritaria por éstos últimos: será por aquello de que a la vejez emociones fuertes... ¡digo yo!

Mirones, como está mandado —*voyeur* en francés, que suena mucho mejor, porque los de la Galia son maestros a la hora del eufemismo—, que por masoquismo o falta de pasta se conforman con eso: con mirar.

Chulos —también llamados macarras, esto no suena tan bien—, muy guapos, muy vagos y muy perros, con el cabello ondulado y chorreante de brillantina, que viven a costa de los ingresos que obtienen sus amantes y sumisas enamoradas —sinónimo, en este caso, de explotadas (¡y qué remedio les toca a las pobres, si saben que cuando no hay pasta, hay curro!)— con el alquiler de la democrática alcancía del sexo.

Pintores fracasados que algún día soñaron con ser un Toulouse-Lautrec cualquiera.

Escritores más fracasados todavía que aún esperan el momento de escribir su Hamlet o su Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la

Mancha.

Bellas —ahora apenas si espectros— a las que un día se dijo que podrían triunfar en Hollywood y que hoy ocultan su fracaso, pensando en el plató que pudieron ocupar y no ocuparon, maldiciendo los colchones de productores y directores por los que se arrastraron...

Y chivatos también.

Corre mucho chivato suelto por Greenwich Village.

Policías, abogados, detectives privados y periodistas se parten el culo por las calles del heteróclito barrio en busca de su soplón preferido cuando se hace perentorio obtener un informe.

Los chivatos están casi como las prostitutas: a tanto el soplo pero sin añadir la cama.

Forman grupos y se concentran como los equipos de fútbol antes del partido del domingo en lugares determinados.

Por ejemplo... en el Saint Germain Des Prés.

72 de Charles Street.

Por allí dentro, al amparo de cigarrillos, porros, colonias baratas, calcetines sudados y algún que otro calzón meado, campaba —chivatos aparte— mucha marica desmadrada.

Los tipos como Derrick Hudson, anárquicos en la vestimenta y peinados con un tenedor, corrían cierto peligro. Porque ellas intuían la virilidad almacenada tras el ácrata aspecto.

—¿Vienes solo, chato?

—¡No, león! Tu madre me está esperando fuera.

—¡Oye, oye, no te pases!, ¿eh?

Derrick lo atrapó por el cuello del jersey cisne alzándolo como un palmo del suelo. Largando las palabras casi encima de su anémico y amarillento rostro:

—Sigue molestando y me haré un mondadientes con tu esqueleto, enano.

—¡Vale, vale... suelta! No te enfades, hombre, tampoco es para eso.

Puede que no, pero el que es así como muy macho... y a Hudson le iban las pelirrojas pechugonas como Tana, cantidad. O las morenas, o las rubias, o las trigueñas... o todo lo que oliese a hembra pura.

Se acercó hasta la barra después de librarse de un admirador,

tratando de descubrir entre las columnas de humo la jeta que andaba buscando. Un suspiro de alivio huyó por entre sus labios al comprobar que no había hecho el viaje en balde.

Echó mostrador abajo situándose a la derecha de un tipo canijo con cara de conejo que fumaba un apestoso porro y consumía un extraño mejunje verde metido dentro de un vaso.

Le clavó un codo en el flanco.

—Robert... cada día me recuerdas más a Bobby Ewin de Dallas. ¿Cómo te las apañas para estar tan guapetón? Dile a tu tío Derrick el nombre del esthéticienne que trabaja en tu carita de ángel que corro a pedirle hora mañana.

Cara de conejo hipó echando al aire parte del porro convertido en humo maloliente y ofensivo. Sus facciones se contrajeron en un rictus que parecía ser alegre. Es un decir.

—¡Eh, señor Hudson! ¡Vaya sorpresa! Mucho tiempo sin aparecer por aquí, ¿verdad?

—Verdad. ¿No te sorprendes si te digo que todo esto me revuelve las tripas, cierto?

—¡Bah! No se las dé de puritano ahora. Alguien me ha dicho que es usted más golfo que los billetes de cien... en el buen sentido, se entiende.

—No entiendo cómo se puede ser golfo en el buen sentido, Robert.

—De cuando en cuando apetece un porrito, ¿no?

—Aderezado con un brebaje afrodisíaco como ese que te gastas, ¿eh? ¿Para qué necesitas esas porquerías, Bobby Ewin segundo? ¿O es que ya no sirves ni para la cama?

—No creo que haya venido hasta aquí para cachondearse de mí, ¿verdad?

—Verdad también, filósofo de la vida. Ni a decirte que cuando sea mayor me gustará ser como tú. ¿Dónde podemos cambiar impresiones sin ser molestados?

—Donde siempre —anunció Robert Newman, de profesión sus chivaterías—. En un reservado.

—Si prometes no meterme mano... —se burló el detective.

—¡Hombre, Hudson! Todavía soy entero.

—Pero acabarás con taras, rata de alcantarilla. Vamos al reservado.

Era una sucesión de compartimentos que se alineaban al término del mostrador, a ambos lados del pasillo, disimulados tras unas cortinillas muy oscuras y mugrientas, donde la casa tenía la desvergüenza de cobrar por cada botella de *whisky* —o lo que fuese — 30 dólares.

Se acomodaron y al instante llegó el camarero. Mira si el menda se tenía la lección bien aprendida, que dijo:

—Será *whisky*, ¿no?

El detective le largó una socarrona mirada.

—Como si quiere ser veneno, compañero. No pienso probarlo.

—Pero yo he de traerlo...

—¡Pues tráelo y no sigas dando el coñazo! ¿Vale?

Se esfumó *ipso facto*.

Cuando quedaron solos, Derrick le mostró a Newman la cartera de la que había expropiado a su legítimo dueño. Puso sobre la mesa el documento de identidad y el carné de conducir.

—Háblame de este tipo.

—Se llama Jack Bender —sentenció cara de conejo chivato.

—Sé leer, orejas. Para este viaje no me hacían falta...

—¡Espere, hombre, espere! ¿Cuánto?

—Depende de la información.

—Yo tengo un precio.

—Y yo una paciencia... que por lo regular se me acaba muy pronto. Al grano, que hay prisa.

—¿Hacen 50?

—Juzgaré al final —dijo Hudson, lacónico—. Creo haber mencionado la palabra prisa, ¿no?

Newman se mantuvo unos segundos en silencio porque había aparecido de nuevo el camarero con la botella de *whisky* —o lo que fuera— y los dos vasos de precepto.

Derrick le alargó los 30 dólares.

Y el del mandil se fue de inmediato.

—Trabaja para Ulli Eberth...

—Lo sé.

—¿Entonces? —se sorprendió el soplón.

—Sigue, ilústrame, explícate, sorpréndeme...

—Ulli Eberth controla a una serie de gatilleros a sueldo a quienes encarga trabajitos sucios por orden directa de Roger L.

Sullivan...

—¡Ahí quería llegar yo! Que es el propietario del

O'SULLIVAN

CASINO. Continúa, enciclopedia.

—No sé en lo que anda usted metido, Hudson —anunció Newman en tono de advertencia—, pero mucho cuidado... no lo olvide. Roger L. Sullivan es tabú hasta para la bofia. De los pocos que han dejado la organización sin que nadie les haya rozado un cabello. Con eso, se lo he dicho todo.

—¿Sullivan estuvo en la Mafia?

—Estuvo, no lo está... y sigue vivo. Muy vivo.

—¿En qué radica el mágico encanto de Roger L. Sullivan? —quiso saber el joven y desastrado detective.

—Todo son conjeturas, Hudson. Pero la que suena más verosímil asegura que está emparentado por lazos de sangre con un hombre fuerte de Washington. Uno de esos que sobreviven a todas las tendencias políticas... de los que se sientan a la mesa con demócratas, republicanos y comunistas si la ocasión lo requiere.

—Pienso que el casino será una tapadera, ¿no?

—Sí... aunque produce muy sabrosos dividendos. Sullivan ha creado su mafia particular. A través de la brigada que comanda Ulli Eberth, controla un sector importante de la alta prostitución, drogas y un largo etc.

Derrick Hudson se dijo para sí que aquello estaba en consonancia con la opinión del especialista en deportes del New York Times, Sean Duvall: No acabo de ver a la Mafia, propiamente dicha, inmiscuida en el deporte... es cosa de aficionados. Peligrosos, sí... pero aficionados. Podía tratarse de la mafia aficionada del señor Sullivan, podía...

—¿Extorsión y cuotas también?

—Se rumorea que hace tiempo implantó un sistema de protección a la usanza de los años treinta. Seguro de vida para ejecutivos, financieros, gerentes, directores... que de negarse podían sufrir un accidente o contemplar como ardían sus fábricas, oficinas o bancos.

—¿Te gusta el fútbol?

—Voy alguna vez. ¿A qué viene eso, Hudson?

—¿Puede Sullivan ofrecer su protección a los futbolistas que

cobran succulentos contratos?

—Algo he oído. No estoy muy seguro, pero cabría la posibilidad, sí...

—¿Debilidades del señor Sullivan?

—Lo que suele ir debajo de las faldas.

—Como debe ser. Concreta...

—Katharine Kelsey... ¡Hombre!, precisamente esa tía es la fundadora, presidenta y la que maneja el cotarro del F.

C. MI

LLONARIOS NEW YORK. Puede que esto le sirva para atar cabos, ¿no? ¡Pero ojo de nuevo, detective! Ésa es otra intocable. Estuvo durante muchos años metida entre sábanas con un mañoso de los de arriba. Andará por los cuarenta y cinco, pero está muy buena todavía. Ya hace tiempo que se revuelca con Sullivan.

—Vamos mejorando, rata... ¿Por qué te parecerás tanto a Bobby Ewin? Dime dónde puedo encontrar al llamado Ulli Eberth que, naturalmente, no sea el casino.

—Vive en Staten Island: 624 de Todt Hill Road, muy cerca del Richmond *Country*. Comparte catre con una tal Africa no sé qué más.

—Original apellido. ¿Algo que se te olvide sobre toda esa gentuza?

Se encogió de hombros en gesto ambiguo.

—No... ahora no se me ocurre nada más. Lo de antes, Hudson. Que se ande con pies de plomo.

—Tendré en cuenta tus buenas y loables intenciones. Lo que me has dicho lo valoro en 35 dólares, al contado.

—¡Oiga...!

—Oigo.

Cara de conejo volvió a encogerse de hombros.

—Usted gana, como siempre.

El detective se puso en pie dejando el dinero sobre la mesa.

—Es que yo voy por la vida de ganador, ¿sabes? ¡Qué te aproveche el *whisky*, Bobby Ewin sin Pamela!

Abandonó el reservado y el lugar a renglón seguido.

A las tres, tocaba... chica de la radio.

CAPÍTULO V

Mayte Inrudas —la chica de la radio—, era, como había dicho Stewart Chiari, una menudencia con pelo largo rizado, cara de ratoncito y propietaria de un trasero de infarto.

Pero maticemos, porque tampoco se podía definir de forma tan somera y gráfica, a la mujer que en los últimos tiempos había ganado la cima de la popularidad en los medios de difusión hablados y más concretamente en el área radiofónica de los deportes.

Mayte Inrudas era hembra para el análisis.

Pequeña, sí, no llegando a desbordar el metro cincuenta; pero su cuerpecito reunía las apetencias suficientes como para atraer miradas masculinas e inspirar deseos más o menos nobles. Aunque tampoco podía considerarse un acto innoble llevarse a Mayte a la cama... con su venia, claro. ¿Decíamos? ¡Ah, sí! Sus pechos eran breves pero erectos y ella no pertenecía a la hornada que despreciaba olímpicamente el sujetador, lo que equivale a decir que usaba sostén sin que ello fuese en detrimento de la rigidez desafiante de sus respingones senos.

A destacar el rizado natural de su largo cabello que alzaba casi el inicio de sus glúteos exuberantes y sensuales, muy negro, azabache, con chispeo azulado que nacía en su propia negrura.

Las facciones de su rostro —de su graciosa carita de ratón travieso y avisgado— no destacaban en particular pero sí tenían una gracia en conjunto que les prestaba cierto atractivo... ese algo que no se sabe exactamente lo que es, pero que existe, que está ahí. La nariz recta y fina, sus labios arqueados con suave pincelada sexual y lucía en sus mejillas, de continuo, un par de preciosos rosetones muy rojos.

Vestía una blusa encarnada con la botonadura a manera de casaca, pantalón negro que ajustaba, delimitaba y silueteaba sus

nalgas agresivas —de infarto que diría Chiari—, casi desafiantes, y se ceñía hasta el tobillo por encima de unas piernas que se adivinaban de correcto torneado. Unos zapatos de tacón mediano, en rojo, ponían punto y final a la indumentaria de la chica de la radio.

Mayte, que había comenzado su singladura radiofónica al amparo de una voz cálida, suave, de agradables registros y con una profundidad que calaba hondo en el radioescucha, pero sin mayores condiciones, había aprendido los secretos de la rapidez e improvisación, de la desenvoltura y el atrevimiento, al lado de un viejo bucanero de las ondas y especialista en deporte llamado Teduac Azray; pauta que ella supo asimilar con el suficiente provecho como para llegar, en la actualidad, a elevadas cotas profesionales que parecían contraponerse a su juventud, a sus 21 primaveras llenas de ambición.

Su programa deportivo diario de las cinco treinta p. m., El soccer al minuto, congregaba a multitud de oyentes alrededor de los receptores (según sondeos efectuados) porque, a un lado su agresividad periodística, su información veraz y concreta, su sentido de anticipación en la noticia —lo que en el argot periodístico se llamaba pisarla a los colegas—; a un lado todo eso, decíamos, Mayte Inrudas, por tener raíces genealógicas hispanas hablaba un más que correcto castellano y ofrecía a los escuchas hispano-parlantes de New York, New Jersey y Washington D. C. (hasta donde alcanzaba con audible nitidez el canal v de la JBC) amplios informes de los eventos deportivos españoles y muy en particular de la liga futbolística.

Y ahí estaba, casi en el cénit, en la cúspide de la información deportiva, Mayte... la chica de la radio.

Que ahora consultaba su reloj percatándose de que las manecillas señalaban la una y cincuenta del mediodía.

—¿Piensas quedarte todo el día, pequeñita?

Alzó sus vivachos ojos castaños hacia el barbudo de rostro burlón que había lanzado la pregunta.

—No, Tony, enseguida voy a tomar un bocado.

Tony Moreno, unos treinta años, mediana estatura, recio y de expresión simpática, era uno de los técnicos de control y sonido más cotizados de la JBC. El se encargaba de los controles en el programa

de Mayte, El soccer al minuto.

—¿Alguna novedad para esta tarde, pequeña?

—¡Adiós, gigantón! —exclamó ella, sonriendo. Y repuso—: Sí, y creo que sonaba. Tenemos como invitado al nuevo fichaje del F.

C. MI

LLONARIOS NEW YORK, el hondureño Mario Alberto Carvajal, que nos hablará de la Mafia en el deporte.

Se ensombreció el semblante de Tony. Observando:

—Cuidado con lo que haces, Mayte. Puedes quemarte los dedos y algo más.

—El fútbol, Tony, no se acaba con resultados, escándalos arbitrales, fichajes y lesiones. Otros hechos se esconden en el mundillo del balón, hechos oscuros, sucios y fraudulentos que, cuando se saben, se tiene la obligación de denunciar. Es hora de que la gente, el gran público que al fin y al cabo es el que cotiza, se entere de lo que se está cociendo entre bastidores.

—Puede que peque de conservador —dijo Tony Moreno, muy serio ahora—, pero en tu lugar, me lo pensaría dos veces.

—Gracias por el consejo...

—Que no piensas seguir, ¿verdad?

Mayte se puso en pie, oteó negativamente su azabache y ondulada cabellera y el monosílabo surgió de su boca con seguridad:

—No.

Tony la vio salir de la redacción encogiéndose de hombros. No era un gesto de indiferencia, sino más bien de preocupación.

Mayte había tomado el elevador que descendía hasta la planta-sótano del *parking*. El edificio era propiedad de la emisora y el estacionamiento reservado exclusivamente para los integrantes de la JBC.

Unos pasos la separaban del lugar donde estaba aparcado su Nash color crema, modelo del 80, cuando se percató, súbitamente, de la presencia de los tres individuos que habían surgido como por ensalmo de detrás del vehículo.

—¡Hola, chica de la radio! —saludó, con sonrisa cínica, uno de ellos.

—¿Es a mí...? —inquirió Mayte, procurando mantenerse tranquila, aun cuando presentía algo extraño e inquietante en la

aparición de los tres tipos.

—¿A quién si no? —preguntó a su vez otro de ellos, muy alto y delgado.

—¿Qué desean de mí?

—Tú eres una buena chica, ¿verdad? —volvió a hablar el primero.

—Yo más bien diría, Gordon —intervino el tercero—, una chica que está muy buena...

—Precisamente por eso —insistió el llamado Gordon y que parecía llevar la voz cantante—, no querrás ponerte mala, ¿verdad?

Mayte comenzó a impacientarse. Procurando que su voz no trasluciera la inseguridad que la estaba dominando, dijo:

—¿Les importaría ser más concretos?

—¿Habéis oído, muchachos? —siguió hablando, malévolamente y burlón, el tal Gordon—. Además de ser la chica de la radio es una mujer dinámica que gusta de ir recta al grano... ¿Se lo explicas tú mismo, Simón?

Simón Darrow era aquel fulano muy alto y delgado cuyas facciones siniestras eran un remember del mítico Boris Karloff en sus encarnaciones de personajes terroríficos.

—Mario Alberto Carvajal no tiene que rajarse esta tarde por radio —ordenó, ominoso. Matizando—: Ese tipo sólo dice mentiras. Cancela la entrevista, muñeca.

—No tengo por qué hacerlo —repuso con una entereza que la admiró a sí misma.

—Creo que no te has explicado bien, Simón —le censuró burlonamente Gordon Lagton—. Prueba tú, Gareth... siempre has sabido ser convincente y explícito.

Gareth Cotten exhibió frente a los aturridos ojos de Mayte una navaja italiana de hoja acerada, refulgente, aguda...

—Simón ha querido decir, nena de pelo largo, que esta navaja te va a desgraciar la carita si Carvajal larga por la radio lo que no tiene que decir...

—Eso sin contar que el vitriolo —completó, lapidario, Gordon Lagton—, bonita de cara, es un ácido voraz y corrosivo que se come la carne... ¿Te imaginas cómo quedarías si accidentalmente te cayera un chorro de ese líquido en tu bello rostro? ¡Oh no, no quiero ni pensarlo! Y estoy seguro que tú no deseas que eso suceda,

¿cierto?

—¡Canallas! ¡Chantajistas! ¡Si se creen que me van a asustar...!

La punta de la navaja de Gareth entró en contacto, súbitamente, con la piel del femenino rostro, produciendo una herida superficial por la que corrió un fino hilo de sangre.

—¡Cobarde! ¡Repugnante cobarde! —exclamó, llevándose las manos al surco sanguinolento.

—Eso es sólo un aviso... chica de la radio. Si Carvajal raja, te volverás loca cada vez que te mires al espejo —sentenció Lagton. Puntualizando—: Esperemos por tu bien que esta experiencia te sirva de algo. De lo contrario, volveremos a vernos. ¡Adiós... o hasta pronto, chica de la radio!

Y los tres tipos se largaron presurosos hacia el Oldsmobile negro que aguardaba, motor en marcha, al inicio de la rampa de salida. Pronto se escuchó el acelerón, alejándose el vehículo velozmente.

Mayte, rotos los nervios, tras secarse las gotitas de sangre con un pañuelo de celulosa, explotó en llanto convulsivo.

Poco a poco fue recobrando la calma.

—¿Ocurre algo, señorita Mayte?

Era el vigilante de la zona de *parking*.

—¡Eh...! —exclamó, confusa y asustada de nuevo—. ¡Oh, es usted, Marthin! ¡No... nada! No me sucede nada. Es que... ¡enfados y tonterías de niña mimada! Gracias, Marthin, y no se preocupe. Hasta luego... —Y se metió en el interior del Nash crema.

—Hasta luego, señorita Mayte —repuso el hombre, no muy convencido por las incoherentes explicaciones de ella.

CAPÍTULO VI

PRINSEN RESTAURANT, recordaba al primer impacto aquellos hoteles de las frías estaciones de los Alpes. Uno entraba allí y tenía la sensación de estar en pleno y nevado invierno.

Sería por el estilo rústico de la madera labrada presente en todas partes y rincones, sería porque los motivos de ornamentación tenían ese sabor tradicional alpino, sería quizá por la tirolesa indumentaria de las camareras...

Las mesas, de madera tosca pero artesana, nacían en la pared y se prolongaban hacia el pasillo, con dos asientos corridos tapizados en cuero genuino. Formaban compartimentos, aislado uno de otro, por una especie de biombo de madera, naturalmente.

Una camarera andaba del mostrador a una mesa bandeja en ristre.

—¿Ha venido Mayte... la chica de la radio? —le preguntó Derrick.

—Aunque no trabaje en la radio, también soy una chica, ¿o no se nota?

El pesquisa inclinó la vista para que sus ojos resbalasen por encima de las pronunciadas —descotadas— protuberancias pectorales de aquélla picara que no era de la radio, y...

—¡Vaya si se nota, rica! ¿Todo esto es... propiedad?

—Legítima. Puedes comprobarlo a partir de las

7 p. m.

si te apetece...

—¡Digo si me apetece! ¡Pero...! ¿No lo sabes, pechugoncita? Yo soy el apeteceador oficial del reino. Cualquiera día me dejo caer por aquí a las

7 p. m.

¿Dónde me has dicho que está Mayte?

—¡Ni que tuviera música...! ¡Bah, no vale la pena! Todos sois

iguales... y yo, una boba de campeonato. Allí... —señaló, despectiva, con un gesto de cabeza una de las mesas—, ¡allí la tienes! Pero no sé de qué te va servir eso tan pequeño.

Derrick ya no la escuchaba.

—¡Hola! ¿Te importa que me siente aquí?

—No. Esto es un lugar público.

—¿De veras? ¡No se me había ocurrido...! —Entonces Hudson, que abiertamente recorría el juvenil y avisado rostro de la muchacha, se percató de la herida en la mejilla... una herida que estaba diáfana que era reciente. Y soltó, en un raptó de inspiración, sin pensarlo dos veces—: ¿Quién te ha hecho ese corte en la cara, chica de la radio?

La hamburguesa resbaló de las manos de Mayte. Sus vivarachos ojos castaños se estrellaron con furiosa violencia en la cara del detective. Y:

—¡Vaya, otro de esos cerdos! ¿Vienes a marcarme la otra mejilla?

—Eso sólo es en la Biblia, pequeña. Estás muy nerviosa... ¿Quiénes son esos cerdos?

Mayte Inrudas se dio cuenta del error cometido.

—Y... ¿puedo saber quién eres tú?

—O. K. Derrick Hudson, investigador privado. ¿Por qué esa herida, Mayte?

—Es mi problema.

—Y puede que el mío también. ¿Quieres que te demuestre cuánto soy de perspicaz? Ese corte tiene mucho que ver con la entrevista que esta tarde vas a efectuarle a Mario Alberto Carvajal...

—Se mordió el labio inferior, musitando al fin—: Ha sido una advertencia, ¿no? De... esos cerdos, ¿verdad?

La expresión de asombro de Mayte evidenciaba que sentíase desbordada. La forma de irrumpir de aquel menda desaliñado y pleno de desparpajo, su arrolladora expresividad, el acierto con relación a su hipótesis sobre la herida... ¿Cómo sabía él tantas cosas acerca de ella?

Había otro motivo más sutil que alimentaba el factor sorpresa experimentado por Mayte en aquellos instantes: sin desearlo, Derrick Hudson le caía bien, extraordinariamente bien, cuando en verdad le hubiese apetecido odiarlo.

—Es efectivo con las mujeres manejar hábilmente el factor sorpresa, ¿no?

Se encogió de hombros.

—A veces. Depende mucho de ellas. ¿Te han visitado unos matones, no?

—Sí —admitió. Preguntando—: ¿Y qué tienes tú que ver con todo esto?

—Tengo un cliente que se preocupa y mucho por Mario Alberto Carvajal, una persona que quiere seguir viéndolo vivo. Y eso no va a suceder si tú lo entrevistas esta tarde.

—¿Te importa largarte y dejar que termine la hamburguesa tranquila?

Derrick la miró en silencio. También a él le estaba sucediendo algo extraño. Aquella menudencia con cara de ratoncito travieso, ojos vivarachos, largo cabello azabache y rizado, posible trasero de infarto —que diría Chiari— (no estaba en condiciones más que de suponer porque la posición de ella impedía prosperar en el juicio sobre aquella parte de su anatomía...), aquella mujercita deliciosa le inspiraba una sensación difícil de definir; o muy fácil quizá: sentíase vivamente atraído por la chica de la radio. Era uno de aquellos sentimientos que nacían de pronto, con fuerza, sin que se supiera el por qué... pero que estaba allí.

Trató de disociar una cosa de otra y seguir en su línea.

—¿Has oído hablar o comentar alguna vez acerca de algo llamado sentido común?

—Me estás cargando, detective —lo fulminó de nuevo con la mirada... una mirada que no era todo lo furiosamente elocuente que Mayte hubiera deseado.

—No puedes hacer hablar a ese muchacho en público: LO MATARAN, ¿es qué no te das cuenta? Y posiblemente también a ti. Al menos, te han avisado...

—También mataron a Luther King.

—¡Todo un consuelo! Te lo diré de otra forma, chica tozuda y obstinada de la radio: tú no eres nadie para jugar con la vida de los demás, tu condición de periodista no te autoriza a firmar la sentencia de muerte de un hombre que ha venido a ganarse las habichuelas pegándole patadas a un balón.

—¡No basta con denunciar la corrupción en el deporte! Hay que

demostrar que existe para que la gente tome conciencia de ello. Sólo el público con su respuesta...

—Abrirá la tumba de Carvajal, diciendo: Mario Alberto, levántate y anda. ¿En qué mundo vives, pequeña estúpida?

Le atrapó la muñeca justo cuando la mano derecha de Mayte iba a impactar en el rostro de él. Para acabar de arreglarlo llegó la camarera pechugoncita:

—¿Vas a tomar algo, muchacho?

—Algo, sí. Pero entre pan.

—¡Qué original! —estalló, cabreadilla, la empleada.

—Trae lo que sea, prenda, pero aho... ¡piérdete! —Y cuando la vio obedecer, sin soltar la frágil muñeca, dijo con acre entonación —: No vuelvas a intentar tocarme la cara... si no es en la cama, ¿está claro, pequeña? He venido en son de paz, pero si te va la marcha...

Mayte cambió de actitud. Se mostró más asequible.

—¿Quién es esa persona que se preocupa tanto por Mario Alberto?

—Top secret. Eso sólo puedo responderlo ante un juez. Es el juramento hipocrático de los detectives, ¿entiendes? Aquí, de lo que se trata, es de que Carvajal no se suelte el pelo por la radio.

—El quiere hacerlo, investigador privado. Es mayor de edad, está en pleno uso y posesión de sus facultades mentales...

—Y tú, si quieres, puedes convencerle de que las cosas no son así. De que existe la prudencia, el instinto de conservación... y los cementerios para dar cobijo a los que están en pleno uso y posesión de sus facultades mentales.

—¡No puedo hacer eso! —Movié la cabeza en firme negativa.

Llegó la camarera con algo entre pan. Era un bistek a la inglesa, vuelta y vuelta. Jugoso. Estaba empeñada en cuidar bien a Derrick por si algún día se acordaba de dejarse caer por allí a las 7 p. m.

—¿Para beber?

—¡Cerveza, pesada! —Y mirando a la chica de la radio—: ¿Por qué no puedes?

Trajo la cerveza y se esfumó. Discreta que era ella y de mala leche que estaba. El *sex-appeal* de Derrick, despeinado y anárquicamente vestido, seguía causando estragos en el bello sexo.

Cuando uno es bonito...

—¿Ha ido alguna vez en contra de tus propias convicciones? ¿Tranquilizas tu conciencia con ruedas de molino? ¿Les dices a tus clientes que lo blanco es negro? No puedo decirle a Mario Alberto que lo que ayer era bueno hoy es malo. Honradamente no debo convencerle de que es más cómodo decir amén y pagar... ¡no puedo aceptar que frente a las injusticias haya que bajarse los pantalones!

—¿Es mejor que te los baje el forense para hacerte la autopsia? ¡Esa gente no anda con puñetas! Han marcado tu cara, con suavidad, para empezar...

—Y me han amenazado con quitarme las espinillas con vitriolo —completó ella. Y expuso lo sucedido en la zona del *parking* del edificio de la JBC.

—Más a mi favor —dijo, hincando los dientes en el bocata.

—No lo creas, Derrick —le corrigió la chica de la radio—. Sólo unidos en un solo frente y guardándonos el miedo en el bolsillo, podremos desenmascarar a esa gentuza. Derrick... ¿por qué no asistes tú también al programa? Tus opiniones acerca del mundo de la delincuencia resultarán muy...

Ahora fue a Hudson a quien se le cayó el bocado.

—¡Pero...! —exclamó—. ¡Tú estás como una cabra! Vengo a convencerte en función de la más elemental lógica... ¡Y quieres que yo te haga también el juego! Según tu teoría, yo sí puedo traicionar la confianza que ha depositado en mí el cliente, ¿no?

—Sabes que no es así como lo planteas. Es más, incluso estoy segura de que en el fondo mi propuesta no te ha disgustado como aparentas ni tampoco te parece tan descabellada. Una locutora, un futbolista y un detective, que se unen para decirle al mundo del crimen y la extorsión que están dispuestos a luchar hasta el final... ¿No crees que suena bien, Derrick?

—¡Sí... claro que lo creo! Suena como la música fúnebre. Y huele como los crisantemos y los ramos de siemprevivas. ¡Por Dios, sé coherente, Mayte!

—Lo soy. ¿Y tú? ¿O acaso es más coherente hacerles el juego a esos canallas, achantarse y dejar que sigan extorsionando a las personas que intentan ganar su pasta honradamente?

Derrick tenía la cabeza hecha un lío. ¡Vaya comida de coco! ¡Menudo lavado de cerebro! ¡Pero...! ¿Sería posible que aquella

miniatura de pechos firmes y vivos ojos castaños le estuviera confundiendo? ¿A él...? ¿Lo estaba llevando al huerto a él? Muy posible, sí...

—¡Yo sí que estoy como una cabra!

—Gracias, Hudson. ¡Eres un tipo estupendo!

—¡Eh...! Yo no he dicho...

—¿Es que ya te arrepientes?

Se encogió de hombros e hizo un gesto que trataremos de traducir: No hay quien pueda contigo, chica de la radio. Nos van a liquidar a los tres... y a mí, por imbécil. Pero qué le voy a hacer sí... ¿sé que no vas a decirlo, Derrick? ¡Sí me gustas, puñetera!

—No. Y esos cerdos, que tú dices, no me darán opción al arrepentimiento. Hablaré por radio, seré famoso... Stewart se empeñó en proyectarme a la popularidad y tu programa me va a catapultar al estrellato... ¡del cielo, por supuesto! Siempre he pensado que existía un cielo para los buenos, para los honrados y para los gilipueñas. Bienaventurado de mí, que pronto veré al Señor. ¿Te apetece un café, chica de la radio?

—Me apetece, detective.

—Antes de que nos maten, ¿me darás la oportunidad de que te haga una proposición deshonesta?

Mayte lo envolvió en una sonrisa esperanzadora.

—Cabe en lo posible... hasta admito que no me disgustaría del todo.

—¡Eh, prenda —alzó la mano derecha reclamando la atención de la pechugoncita—, traéte un par de cafés! —Y volviendo a su interlocutora—: Tengo la extraña e inquietante sensación de que preferirla hacerte una propuesta honrada. De esas que hacen los hombres bobos, tontorrones y enamorados.

—Vas muy aprisa...

—El tiempo apremia, señorita. Empiezo a oler a cadáver.

La de las protuberancias —descotadas— exuberantes y redondeadas llegó con los cafés. Al inclinarse, por poco si mete una de aquéllas en la taza de Derrick. Sin querer... ¡se supone!

CAPÍTULO VII

—Éste es Mario Alberto Carvajal. Y él... —Mayte dirigió una luminosa sonrisa al detective—. Derrick Hudson, investigador privado.

—Gusto en saludarle, señor Hudson —dijo el futbolero.

—Derrick a secas. Lo mismo digo, ¡goleador!

—¡No, no, yo meto pocos goles! —exclamó el hondureño, sonriendo también—. Juego de centrocampista.

—¡Ah...! —Hudson hizo un gesto ambiguo, mientras pensaba: Hijo, como si me hubieras dicho que barres los vestuarios. Y agregó —: Eres, entonces, de los que los fabrican... imagino.

—Más o menos.

Mario Alberto Carvajal tenía el pelo ensortijado y negro... era algo así como si llevase una escarola pegada a la cabeza. Su tez era cetrina y sus facciones muy anchas y angulosas, con nariz achatada y labios gruesos. Aquellas características físicas eran motivo —no justificado por supuesto, pese a la innegable herencia etnológica— para que en el Norte, a los hombres como Carvajal, se les llamase, peyorativamente: indios.

—¿Ya sabes lo que nos vamos a jugar aunque esto no sea un partido de fútbol, verdad?

—Creo que sí —respondió el de Honduras. Puntualizando—: Pero a mí me encantan los riesgos, Hudson.

—Lamento no compartir tu entusiasmo, muchacho.

—Creí que los detectives estaban acostumbrados a los peligros...

—Sí —asintió Derrick. Matizando—: Pero sólo a los estrictamente necesarios, ¿entiendes?

—Algo. Mayte me ha dicho que usted trabaja para una persona que tiene mucho interés por mí. ¿Acaso es mi hermana?

—¿Tu hermana? —repitió el pesquisa con sobresalto, pensando en que la chica de la radio se hubiese podido meter la lengua...—.

¡Oh, no, no se trata de tu hermana! Ni siquiera sabía que tuvieses una hermana.

Los ojos oscuros de Mario Alberto Carvajal se centraron en la faz del detective. Insistió:

—Entonces... ¿Quién?

Esta vez Mayte Inrudas fue oportuna. Apareció junto a ellos, exclamando:

—¡Venga, pareja, al estudio! Es la hora.

La siguieron hasta la amplia jaula encristalada.

Mayte se había acomodado en el estudio, frente al micro direccional que colgaba del techo, con la soltura propia de quien está harto acostumbrada a desempeñar su tarea... una tarea que le hace disfrutar y por la que además le pagan un sueldo (eso, al menos, pensó Derrick al observar la natural seguridad, su aplomo agresivo de siempre, la gracia inclusive, con que Mayte evolucionaba por allí dentro).

Carvajal y él se habían sentado juntos en la vertical de otro micro direccional. Tras la cristalera, Tony Moreno, el fortachón y simpático barbudo, manejaba los complejísimos mecanismos de control.

Acababa de entrar la sintonía del programa.

Moreno hizo una seña a Mayte advirtiéndole de que estuviese preparada. Mantenía la diestra alzada y el índice extendido. Fue descendiendo la mano lentamente, mientras con la otra manejaba unas clavijas, hasta que el dedo, lo mismo que si de un fiscal inexorable se tratase, quedó fijo, rígido, señalando a Mayte Inrudas. La cabeza de Tony, al unísono, se había movido afirmativamente.

Y ella...

—¡Hola, amigos de siempre! ¡Muy buenas tardes! Supongo que estáis todos, ¿verdad? Y sabéis quién os habla, ¡claro! Pero por si corre al otro lado de los receptores algún despistadillo que todavía no ha oído hablar de mí, ¡cosa imperdonable y no se trata de inmodestia!, le diré que me llamo Mayte Inrudas, que me llaman la chica de la radio y que cada tarde a esta misma hora, desde el Canal V de la JBC, salgo al aire... gracias a los buenos oficios de mi compañero Tony Moreno... ¡Tony Moreno que, cómo no, os envía su cordial y futbolístico saludo! Vaya... se me ha olvidado lo que os estaba diciendo —hizo una pausa intencionada que se complementó

desde el control con una subida de la sintonía y de nuevo tomó ella el timón, exclamando—: ¡Ah ya, ahora recuerdo! Decía que cada tarde estoy con vosotros para hablaros de deporte. ¡Esto es, amigos... el soccer al minuto!

Pausa, sintonía, y otra entrada de la chica de la radio; así:

—Aunque hoy deberíamos denominar nuestro tiempo para el deporte con un *slogan* más oscuro, menos limpio, más siniestro me atrevería a decir... por ejemplo: ¡El hampa vuela sobre el nido del Soccer! Suena extraño, ¿verdad? ¡Ah...!, imagináis que se trata de una argucia sensacionalista, ¿no? Pues ahora mismo, sin más preámbulos, vais a comprender que no exagero ni un ápice. Aquí, a mi lado, está el reciente fichaje del F.

C. MI

LLONARIOS NEW YORK... ¡Mario Alberto Carvajal! —Le hizo una seña al hondureño para que estuviese atento, y—: ¡Hola, Mario Alberto, bien venido a tu casa!

—Hola, buenas tardes a todos.

—¿Satisfecho de estar en nuestra ciudad y de haber fichado por uno de los clubs más poderosos de Estados Unidos... supongo, no?

Mario Alberto, evidentemente nervioso, se mordió el labio inferior. Estaba claro que hablar con un micrófono de testigo no era una de sus mayores habilidades.

—Sí... —murmuró al fin—. Aunque preocupado.

—¿Preocupado? —Mayte hablaba con vehemencia, con fuerza, con garra inusitada—. ¿Temes acaso no triunfar con tu nuevo equipo? ¿No eres ese hombre capaz de ordenar el juego en el centro del campo que estaban esperando los técnicos y seguidores del F.

C. MI

LLONARIOS NEW YORK?

En contrapunto con la dúctil facilidad de la locutora, aumentaba la torpeza y nerviosismo del futbolista. Volvió a dudar, a morderse los labios... Derrick le dio un codazo que trataba de simbolizar ánimo. Dijo, con voz queda:

—Bueno... este... el problema no está en mis condiciones...

—¡No! —exclamó ella, cortándole—. Entonces, ¿por qué no les dices a nuestros oyentes dónde está el problema? ¡Adelante, Mario, nuestros escuchas están impacientes!

Derrick, sin dejar de observarla, pensó: «Esta tía es agresiva por

naturaleza. Le echa al asunto un par de pelotas. Desgraciado del que cae en sus garras microfoneras. Desgraciado de éste que tengo a mi lado, desgraciado de mí...».

—Bueno... —murmuraba Mario Alberto Carvajal.

Ya partir de aquí, con frecuentes dudas e interrupciones, con más voluntad que acierto y abundantes ráfagas de incoherencia, explicó que había sido visitado por unos indeseables que exigían el 20% del importe de su ficha y una contribución mensual de 1000 dólares, si él deseaba jugar en el soccer sin sufrir ningún tipo de... accidente.

Entonces, Mayte, entró a saco:

—¡El hampa... el hampa vuela sobre el nido del soccer! ¿Lo dudáis todavía, amigos? ¡Ahí están las palabras de un futbolista sincero y valiente que ha venido a explicarnos cómo los delincuentes quieren, ahora, vivir a costa del deporte y del sudor de quienes lo practican! Pero... no supongáis que la cosa se queda aquí. ¡Existen pruebas irrefutables que corroboran la versión que acaba de confiarnos Mario Alberto Carvajal! Una pausa para la publicidad y enseguida estamos de nuevo con vosotros. ¡Adelante, Tony, con esos mensajes comerciales!

Entró sintonía y luego las cuñas publicitarias mientras en el estudio, la luz verde piloto, permitía diálogo.

—¡Estoy muy nervioso! —exclamó el hondureño.

—Tranquilo. —Mayte apoyó una mano en el brazo del futbolista —. Todo va muy bien. Si lo hubieras soltado de corrido hubiese dado la sensación de que lo teníamos ensayado. ¡Eh, atentos, entramos de nuevo!

Se había encendido el piloto rojo. Mayte, atacó de nuevo:

—El soccer al minuto es un programa deportivo con entidad y carisma... ¡Ah, ya, entiendo! ¿Que no está bien que lo diga yo? Es posible... ¡Pero hasta los gangsters nos sintonizan! Al menos eso cabe pensar, eso se deduce, de la visita que me han efectuado este mediodía unos caballeros... caballeros entre comillas, que parecen llamarse Gordon, Gareth y Simón, los cuales han querido convencerme, navaja en ristre...

Mayte Inrudas, con mayor agresividad y vehemencia que nunca, se estaba despachando a gusto. ¡Vaya con la chica del trasero de infarto! Mientras ella largaba, Derrick se llevaba una y otra vez las

manos a la cabeza, como si exclamara: «¡Estamos muertos... muertos del todo! ¡Y hasta volarán el edificio de la JBC! Bueno... ¿a mí que leches me importa que vuelen el edificio? ¡Pero que me rellenen las tripas de plomo...! ¡Esta tía nos ha buscado la ruina!». Y ella seguía, recreándose en los detalles, en la descripción de los fulanos, en la herida de su mejilla...

—... pero me queda en la manga un as importante, una versión que quizá tenga para vosotros, que me escucháis a diario, más peso específico dentro de la cuestión... ¡por tratarse de los razonamientos de un experto! De un profesional de la investigación que también se ha visto involucrado en todo este oscuro *affaire*. Tenemos en el estudio a Derrick Hudson, con título de investigador privado, que a requerimiento de una persona cuyo nombre no se puede revelar... los detectives tienen la obligación de guardar un riguroso incógnito acerca de la identidad de sus clientes... ha recibido el encargo de garantizar en lo que pueda la vida del nuevo fichaje del F.

C. MI

LLONARIOS NEW YORK. Incluso en principio, estaba previsto y entraba dentro de lo lógico, que el señor Hudson tratase de evitar las explosivas manifestaciones que nos ha hecho Mario Alberto Carvajal. ¿Puede decirnos por qué ha cambiado de opinión y por qué se encuentra ahora frente a los micrófonos de la JBC, señor Hudson?

—Posiblemente porque algo falla en mi cabeza —sonrió el detective. Argumentando al instante—: O quizá porque sea hora de cambiar los sistemas tradicionales. No pretendo que los oyentes salgan a la calle dispuestos a capturar o linchar a los facinerosos que tratan de trasladar la corrupción al mundo del deporte... pero sí al menos que tomen conciencia de ello. Quizá sea éste uno de los pecados de la libertad y la democracia, pero como no he venido hasta estos micrófonos para hacer demagogia, sí quiero asegurarles que, desgraciadamente, lo de la extorsión en el soccer existe, es cierto... y Mario Alberto Carvajal es la única víctima, de las muchas posibles y reales, que se ha atrevido a enfrentarse con la realidad, con el consiguiente riesgo de su propia vida, negándose a las pretensiones de los extorsionistas, denunciándolos y enfrentándose a ellos.

—¡Vaya...! —exclamó Mayte—. ¿Seguro que usted no ha hecho por ahí pinitos radiofónicos?

—Seguro que no.

—Pero sí es seguro que a raíz de recibir el encargo de velar por Mario Alberto Carvajal, alguien ha tratado de convencerle de lo contrario, mediando incluso la agresión física, ¿no?

—Cierto. Un par de... caballeros entre comillas que dirías tú, han hecho los posibles por convencerme de que debía apartarme del caso.

—Le han dicho, textualmente... que no se metiera en problemas, ¿verdad?

—Eso me han dicho, sí.

—¿Y piensa seguir metido en problemas... o abandonar?

—Sólo se muere una vez. La frase es manida, pero muy cierta. Tengo que seguir, me guste o no. Y empieza a gustarme después de ver cómo un futbolista y una locutora de radio, posiblemente temerarios e inconscientes, están dispuestos a jugarse la piel. Si faltaba un tercer inconsciente... ¡ése soy yo!

Hubo otra pausa para las cuñas comerciales y luego Mayte hizo un resumen de todo cuanto se había hablado. Se refirió al clásico tópico del tiempo y prometió a sus oyentes que el tema seguiría en el candelero y que en próximos programas se irían descubriendo nuevos matices acerca del asalto del mundo de la delincuencia al terreno deportivo.

Despidió, finalmente, el espacio de aquella tarde.

Luz verde en el estudio y:

—¡Habéis estado fenomenales, pareja!

—Pronto estaremos fenomenalmente muertos —ironizó el detective. Y antes de que Mario Alberto volviera a interesarse por la persona que había contratado los servicios de Hudson, éste, alegando un sinfín de cosas, se despidió—: Estaremos en contacto, Mayte.

—¿Quieres anotarte mi dirección y teléfono? —inquirió ella.

—¡Oh, sí, desde luego! —Y tomó nota, facilitándole a la chica sus datos también. Le tendió la mano al hondureño—: ¡Ha sido un placer, Mario Alberto!

—Oiga, Hudson...

—Otro día, muchacho, otro día. Me esperan... ¡Nos veremos!

Y abandonó en pocos minutos el edificio de la JBC.

CAPÍTULO VIII

No estaba muy seguro de haber hecho lo que debía... no.

Y sí muy seguro de haber pagado su tributo al síndrome Mayte, al *boom* chica de la radio... con su cabello negro rizado, sus ojos vivarachos, su cara de ratoncito travieso y su popa de infarto.

Seguía experimentando aquella extraña sensación vivida en el PRINSEN RESTAURANT, aquel inesperado sentimiento tan irreal como tangible al mismo tiempo...

—¡Bah! —exclamó, en un intento de autoconvencerse—. Eso sólo pasa en el cine y las novelas. ¿Flechazo? ¡Mierda! No me imagino a cupido corriendo por el asfalto neoyorkino... ¿Y por qué a mí?

Rechazó preguntas, respuestas e hipótesis.

Llegando a la conclusión que nada justificaba su actitud de aquella tarde en la JBC.

¿Cómo se lo explicarla a Viola? ¿Cómo le diría que además de no haber realizado el menor progreso, encima... se había pasado a la competencia?

—¡Fuera! Voy a terminar volviéndome loco. Y todo porque... ¿Voy a engañarme a mí mismo? ¡Esa puñetera locutora me gusta! Y quizá algo peor... Lo dejo, lo dejo. Y me largo a casa de Tana a tomar un bocado.

Tana era la misma pelirroja de confianza de siempre. Sin embargo, a Derrick, le pareció distinta. Quizá porque sin quererlo, establecía comparaciones, y éstas, siempre resultan odiosas.

Sin embargo, la cordillera que Tana lucía bajo el gazonate, no era nada odiosa... ¡nada!

—Eres un cabrito, Derrick.

—*Mea culpa*, linda. ¿Cómo puedo compensarte del agravio? ¿En la cama... quizá?

Tana le dedicó una mirada furiosa, chispeante, elocuente... ¡y

muchas cosas más!

—¿No has probado nunca a acostarte con tu mamaíta del alma?
Hudson rió como un conejo.

—No seas macabra, mujer. ¿Está bien que un hijo vaya al cementerio para molestar...?

—¡Cállate, sádico! Y perdona...

Le echó mano a la parte trasera del edificio.

—Estás perdonada... y muy apetitosa. ¿Cuándo compartimos sábanas, cachonda mía?

—Después de lo que me has hecho hoy, ¡nunca!

—¡Vale, vale, no te pongas así! Dame de comer al menos, ¿no?

—¡Veneno te daría yo!, —y se alejó hacia la cocina.

Aquella conversación humorística, picara e intrascendente, no había conseguido amainar el turbulento oleaje que se estrellaba contra los acantilados —también llamados pensamientos— del cerebro de Hudson.

Mayte estaba allí, presente, incordiante... ¡hasta bonita y deseable!

Le trajo de comer, de cenar mejor, sí. Dando un golpe con el plato encima de la mesa, también.

Cuando Derrick abandonó el frankfurt de la pelirroja decidió dar una vuelta, con la ilusión y esperanza de clarificar ideas, mientras llegaba la hora de acercarse a recoger a Viola.

Viola... ¿Qué le diría a Viola?

Una estupenda hembra también. Con ese olor y sabor de las hembras sureñas. Con esa impronta sexual y sus ardientes connotaciones.

Y de la mafia en el deporte, ¿qué?

Ella le había contratado para que hiciese algo, ¿no?

¿Y qué había hecho hasta el momento? Encandilarse con Mayte... ¡que ya era algo!, ¿no?

Sin conseguir zafarse a la espiral concéntrica de hipótesis sin base, sumido en la vorágine de un absurdo confusionismo en la que le había sumido su propio interés por aclarar ideas y quitar importancia a lo que sin tenerla él se la otorgaba, hecho un lío para ser exactos y menos retóricos, se encontró a las diez menos cuarto frente al 869 de Springfield Boulevard.

En el Queens.

¡Lo que faltaría es que Mario Alberto estuviese...!

No. Mario Alberto debía estar esperando que la chica de la radio terminase...

¡Vaya, no lo había pensado antes! Aquel indio... los posibles celos le hacían caer en el desprecio y el insulto, ¿eh?

—¡MIERDA! —gritó en voz alta, levantando ambas manos.

Varios transeúntes se fijaron en él... unos sorprendidos, otros riendo significativamente. Uno, comentó:

—De la manera que vivimos vamos a terminar todos locos. ¡Pobre chico... tan joven!

Por los buzones supo la planta y letra del piso y por el ascensor llegó hasta el rellano... y por el timbre hizo saber a la que estaba dentro que había llegado.

Esperó.

Nada.

Absoluto y total silencio.

En las novelas —pensó— los escritores, en aquellas situaciones, decían que el protagonista —detective por lo general escuchaba el vivo taconeo de la chica al acercarse por el pasillo.

Aquí no había taconeos.

Empezó a mosquearse... pensando que los escritores, si preparaban un numerito truculento, solían tener la gentileza de dejar la puerta abierta.

Probó, empujando. Nada tampoco. Cerrada y bien cerrada.

Bueno... todavía no eran las diez. A lo mejor Viola había salido... ¿y si le daba la sorpresa de esperarla dentro? No era ético pero...

Usó de un estuche metálico, rectangular y aplastado, conteniendo juegos de llaves y ganzúas, que hubiese envidiado el más eficiente de los cacos. El ábrete sésamo, merced a aquel instrumental, era infalible.

Entró, diciendo in mente: «Perdón, Viola. Sé que es allanamiento de morada, pero como últimamente estoy cometiendo tantas tonterías, no va a venir de una».

Le dio al conmutador y el pasillo, largo y estrecho, que desembocaba en un reducido *living*, se bañó en claridad. Sí, un apartamento pequeño como ella le dijera, pero coquetón y amueblado con ese gracioso toque que sólo sabían ciar las manos

femeninas.

El *living* servía un poco de todo: comedor, sala de estar, cocina incluso. Había un solo cuarto por lo que era de suponer que Mario Alberto pernoctaba en aquel sofá...

La curiosidad le llevó al dormitorio. De reducidas dimensiones también...

—¡Santo Cristo! —Fue un ahogado gemido, una expresión de dolor o quizá un rugido de impotencia lo que brotó de sus labios cuando la lámpara iluminó el escenario.

Como decían los escritores, sí: el escenario del crimen.

—¡Hijos de Satanás! ¡Hijos de perra! ¡Mal nacidos! ¡Asesinos de mierda! —Se llevó ambas manos al rostro—. ¡No, maldita sea, no! ¿Por qué ella... por qué?

Viola Carvajal estaba muerta.

Y además, mutilada. Porque sus senos voluptuosos habían sido amputados a golpe de navaja y tirados sobre una alfombra empapada en su propia sangre. Porque una mano le había sido cercenada y en su garganta había infinidad de cortes por los que aún brotaban hilillos del néctar de la vida.

Pero antes de consumir aquella salvajada, la habían violado y sodomizado... era evidente por la huellas, por la posición del cadáver decúbite prono, las marcas y hematomas de los tobillos al separarle las piernas, por la evidencia de lucha al intentar ella resistirse a semejante vejación...

—¡Lo vais a pagar caro, muy caro, engendros de hiena! ¡Juro por Dios del cielo que lo pagaréis con más sangre todavía!

Abrió los ojos, los cerró, dominó la arcada que le estaba acometiendo...

Y entonces vio aquel sobre situado sobre la mesilla de noche y apoyado contra la pared. Un sobre en el que se leía un nombre escrito con bolígrafo rojo.

Su nombre...

MISTER DERRICK HUDSON

Procurando que sus ojos no recayesen de nuevo en la destrozada anatomía de Viola Carvajal, se acercó para apoderarse del sobre y abrirlo. Una cuartilla y el siguiente texto:

Mr. Hudson:

No hay peor sordo que el que no quiere oír y usted no ha querido escuchar nuestros amables... consejos.

Incluso ha tenido el atrevimiento de hacer públicas sus desafortunadas opiniones a través de la radio, después de haber maltratado y lesionado de cierta consideración a los emisarios que han tratado de llamar a la puerta de su buen juicio, a las personas afables que han intentado convencerle acerca de lo que era lógico, de lo que usted no debía hacer para evitarse... problemas. Sinceramente, le suponíamos más sensato. En serio que nos ha sorprendido su falta de criterio, dejándose convencer por una díscola e insidiosa criatura, por una mocosa mal criada que emplea el micrófono para contaminar las ondas, para verter gotas de veneno en las mentes que la escuchan.

De verdad, míster Hudson, que no esperábamos de usted tanta estupidez.

Ella, la chica de la radio, ha sido advertida; usted, también... y en vista de la respuesta hemos decidido demostrarles hasta dónde puede llagar la realidad de unas advertencias, o amenazas, si usted prefiere llamarlas así. Hemos pasado a la... acción, que se dice. Y lo hemos hecho con la esperanza y en la confianza de que, a partir de ahora, usted en particular, comenzará a tomarnos más... digamos en serio.

Viola Carvajal ha pagado su error, el de haberle contratado a usted... y usted y esa estúpida pregonera de feria, también pagarán, no lo dude. Y Mario Alberto pagará, con dinero, o con su vida... nos es indiferente.

Usted, piénselo bien, no pinta nada en este asunto. Le brindamos, en un irrepitable acto de tolerancia, la última oportunidad de esfumarse. Si no lo hace, Viola, a su lado, parecerá un lienzo de Picasso.

Saludos, pesquisa... ¡perdón, míster Hudson!

Derrick Hudson estrujó la nota despacio, lentamente, con la misma rabia, con el mismo furor homicida, con igual deleite sádico que si estuviera estrangulando, uno por uno, a los autores de la salvajada cometida en el cuerpo de Viola Carvajal.

Pero lamentándose, clamando al cielo, ensayando gestos patéticos y lanzando al aire juramentos... no se solucionaba nada.

¿Acción...? Aquellos hijos de ramera hablaban de acción, ¿no?

Pensó en acudir en busca de Mario Alberto y Mayte... ¿Era eso acción?

Llamar a la policía... ¡tampoco era acción! Aunque había que avisarla, evidentemente.

Las señas que le facilitara Robert Newman —chivato por más señas y antítesis del Bobby Ewin de Dallas— se estrellaron en su mente con violento impacto.

624 de Todt Hill Road, Staten Island, muy cerca del Richmond *Country*... Allí vivía Ulli Eberth encamándose con una tal Africa no sé qué más... Allí sí que podía haber acción... Allí tenía que haber acción...

—¡Ya lo creo que la habrá!

CAPÍTULO IX

—¡Africa...! ¿Estás en casa?

—No. Debe estar en algún prostíbulo adornándote la frente, ¡cornudo repugnante!

—¡Eh...! ¿Pero quién...?

La patada la recibió Ulli Eberth en pleno vientre y cuando se encogía merced al tremendo impacto fue cazado en mitad de la cara por un leñazo impresionante —puño diestro de Hudson enviado con ciega y demoledora furia, que lo proyectó contra el mueble-bar y de allí, a tierra, retorciéndose como una madeja.

Derrick mostraba en la zurda un pavonado 38 especial, revólver reglamentario de los federales... y de los detectives que tenían la correspondiente gula y el ineludible permiso de armas.

Tenía las facciones crispadas en una mueca dura y su mirada equilibraba la hiriente frialdad del acero.

Saltó sobre Eberth y atrapándolo por detrás como si fuera un saco le dio la vuelta, estrellando en su ya sangrante rostro la culata del revólver.

—Contesta a todo, ¡o te mato, cerdo!

Ulli Eberth, tipo de considerable envergadura física, pero totalmente desarbolado por la inesperada, brutal y eficaz intervención del detective, escupió un diente entre borbotones de sangre. Medio groggy, tartajó:

—Está... loe...

La patada en el pecho, bestial, atronadora, lo hizo impactar de nuevo contra los bajos del mueble. Contorsionándose, alzó con dificultad una mano, pidiendo significativamente que no progresara la violenta actitud del otro, y:

—¿Qué... quier... e? ¡No me peg... ue, no, por...!

—Ni por Dios, ni por piedad. Voy a emplear la misma que vosotros habéis tenido con Viola Carvajal. ¿Por qué esa canallada,

eh, Ulli?

—No sé... no conozco...

Otro trallazo con la puntera del zapato por delante hizo que la cabeza del jefe de gatilleros que se suponía trabajaban para Roger L. Sullivan, se asemejase a un muñeco en una feria.

De nuevo intentó alzar la mano.

—¡No... hablar... él! ¡Per... o no siga golpeánd...!

—Eso está mejor, puerco. ¿Quiénes han hecho el criminal trabajo? ¡Quiero sus nombres, rápido! —Y tiró del percutor del revólver.

—¡Noooo... espe... espere! Lo diré... ¡Lo diré!

—¡Los nombres! El dedo me está quemando en el gatillo...

—Gordon, Simón...

—¡Nombres y apellidos! —Tralló Derrick, desencajado, ominoso, sin poder borrar de su pensamiento la imagen ultrajada de Viola—. Todo completo... —Le metió la boca del cañón del arma junto al entrecejo, inclinándose—, ¡datos completos o te mando al infierno, cornudo!

—¡Gordon Lagton... Simón Darrow y Gareth Cotten! —soltó de un tirón, recuperando fuerzas y aliento ante la evidente peligrosidad del detective.

Esos nombres trajeron a su memoria los que había pronunciado Mayte refiriéndose a sus agresores.

—¿Dónde puedo localizarlos? ¡Ahora mismo!

—Gar... Gareth y Simón estarán en el casino hasta las 4 de la madrugada. Gordon no sé... ignoro dónde puede andar. Esta noche tiene... fiesta.

—Fiesta, ¿eh? Pero ha trabajado extra en casa de Viola Carvajal. Bien, Ulli, bien... ¿Tú quieres seguir vivo, verdad?

Le vio mover la cabeza una y otra vez, contundente, de arriba-abajo.

—¡Sí... sí! ¡No me mate! ¡Se lo suplico!

Hudson retrocedió unos pasos sin dejar de encañonarle.

—Háblame de Roger L. Sullivan, de sus manejos, de su relación con el chantaje a los futbolistas... y dime si ha ordenado él la muerte de Viola. ¡Vamos, raja!

—Roger L. Sulliv...

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los tres disparos, secos, lacónicos, estrepitosos, atronaron el apartamento con su estruendo y llevaron sobre la cabeza de Ulli Eberth, uno tras otro, sucesivos mensajes de muerte. Parecía como si los tres proyectiles hubiesen penetrado en su cráneo por un mismo y único agujero.

—¡Cobarde soplón! —Se mezcló con el eco de los balazos la expresividad agreste de una voz femenina—. ¡Y ahora tú, perro detective!

El perro detective ya estaba rodando en tierra, sobre sí, huyendo a la trayectoria de los plomos rabiosos que buscaban rugientes su naturaleza. Al mismo tiempo el 38 especial también vomitaba salivazos candentes con la misma puntería que evidenciara la hembra segundos antes.

Excesiva puntería.

Porque Africa no sé qué más, sintió atravesada su garganta iniciando unos giros cómicos y siniestros, bailando como extraña peonza, alzando ambas manos y dejando caer el arma, cual si tratase de aferrarse con la yema de los dedos a la vida que huía velozmente de su cuerpo por los agujeros sangrientos que el 38 especial había abierto en su cuello.

Impacto de bruces en tierra, totalmente inmóvil.

Muerta de pies a cabeza.

Derrick, recobrando la vertical de un ágil salto, se plantó junto al cadáver de la mujer asegurándose, con despiadado puntapié, de que era eso... un cadáver.

—¡Maldita sea mi estampa! Ese imbécil debía presumir por encamarse con ésta, ignorando que tenía en casa la quinta columna. Africa no sé qué más —vociferó, nervioso, como si ella pudiera oírle—, también te acostabas con Roger L. Sullivan, ¿no? —Y guardando el revólver, añadió, en aras de aquel odio que lo motivaba desde que viera el destrozado cuerpo de Viola Carvajal—. ¡Mierda!

Los disparos tenían que haber alertado, forzosamente, a la vecindad. Y allí, todo estaba hecho... o deshecho, ¡váyase a saber!

Su única solución estaba en la escalerilla de incendios y en las sombras de la noche. Si la bofia lo trincaba por las inmediaciones, ¡lo tenía claro!

—Me tengo que abrir, ¡y rápido!

Eso hizo, sí. Y con bastante dosis de suerte.

La atrapó con fuerza por el brazo.

—¡Nooooo!

El grito se estrelló contra las paredes de la zona de *parking* del edificio de la JBC, rompiéndose en mil pedazos, poblando el ámbito con su lastimero eco.

—¡Calla, estúpida!

Mayte Inrudas abrió mucho los ojos.

—¡Derrick...! ¿Pero...?

La bofetada hizo dar una vuelta casi en redondo a aquel rostro de ratoncito juguetón con ojos vivarachos.

Del miedo y el estupor, la expresividad, pasó a la indignación.

—¡Imbécil! ¿Es que te has vuelto loco?

—Sí, desde el instante en que accedí a tu propuesta. Los tres juntos, ¿eh? Futbolista, locutora y detective... ¡Los tres desafiando al mundo del hampa, enfrentándonos a él! ¿Vas tú a resucitar a Viola Carvajal? ¡Contesta, pequeña estúpida! ¡Contesta, endiosada chica de la radio! ¿Le vas a devolver la vida a esa pobre infeliz? ¿O te parece mejor dedicarle alguna frase póstuma desde tu asqueroso programa? ¡Contesta!

Y la zarandeó violentamente.

Mayte, boquiabierta, miraba con asombro y cierta dosis de temor el desencajado rostro de Hudson.

—¡Derrick... por Dios! ¿Quieres calmarte... y explicarme lo sucedido? Por favor, Derrick...

Hudson, ahora, pareció venirse abajo. Desmadejado, se fue contra la carrocera de uno de los vehículos estacionados en el *parking*.

—La han violado, ultrajado, sodomizado, vejado, asesinado... y todo lo sucio y cruel que se le pueda hacer a una mujer —murmuró con matiz impersonal—. Viola Carvajal está brutalmente muerta.

Mayte alzó los ojos al cielo y se llevó las manos al rostro.

—¡Virgen santa! ¿Por qué?

—¿Y lo preguntas tú, chica de la radio? Tú, precisamente, preguntas el por qué —y a renglón seguido, Derrick Hudson, con monotonía salpicada por altibajos de rabia en su voz, explicó con estremecedora realidad, con macabro lujo de detalles, la escena que había contemplado en el dormitorio de Viola Carvajal. Preguntando —: ¿Y Mario Alberto?

—Se fue poco después que tú. Yo nada tengo que ver con su vida privada aunque hayas podido pensar lo contrario. Derrick... —Se acercó al detective llevando las manos a sus hombros—. ¡Derrick!, te juro que lo siento. Y si ello te consuela, te diré que también me siento muy culpable. Quiero ayudar... ahora quiero luchar con tus armas, no con mi micrófono. ¡Estoy resuelta a ello! Derrick, por favor... ¡necesito que me creas!

Hudson, de súbito, la encerró entre sus brazos y buscó ansiosamente la boca de Mayte Inrudas. Una boca que se le ofreció abierta, jugosa, sumisa, fiel diríase, contagiándole el calor de su aliento y la voracidad de unos labios que mordían los suyos.

Fue un beso brutal, espasmódico, en el que ambos vaciaban su tensión, sus íntimas emociones... y la evidencia de lo mucho que se necesitaban. La presión de los brazos de Hudson aumentó conforme la vehemencia del beso se intensificaba. Era como si quisiera estrujar aquella menudencia y saborearla al mismo tiempo.

Sus bocas permanecieron pegadas, adheridas, por espacio de largos minutos. Hasta que los mutuos alientos no fueron suficiente para alimentar los agitados pulmones y obligaron a distanciar los labios. Jadeantes ambos, dijo él:

—Vamos a ir a ese casino...

—¿Casino?

Ahora le narró con prodigalidad de detalles, su incursión en el domicilio de Ulli Eberth. Concluyendo:

—Tengo que atraparlos esta noche... ¡ahora! ¡Tengo que hacerlo!

—No voy a disuadirte de ello, aunque debiera. Todo lo contrario, voy a ayudarte. Pero antes, Derrick, por tu propio bien, tienes que serenarte. Haz un esfuerzo, por favor.

—Necesito una copa.

—Y yo, amor mío —dijo ella, con el rubor nadando en sus mejillas pero con una necesidad tremenda de decirlo, con una sinceridad aplastante.

Derrick parpadeó confuso. Con ojos torpes, miró a la menudencia de facciones de ratoncito, de pupilas móviles y vivarachas, en las que ahora resultaba por demás sencillo leer un mudo y elocuente mensaje de amor... de pasión también.

—¿Estás segura...? —articuló.

—Sí... desde que te sentaste frente a mí en el PRINSEN RESTAURANT. ¿Vamos a tomar esa copa?

—Sí... vamos.

CAPÍTULO X

Se alzaba, colosal, luminoso y desafiante, en la parte alta del gran Manhattan.

Allí, en los suntuosos contornos de Riverside Drive, Dyckman Street, la Tenth Avenue, en el entorno de las vías majestuosas donde la flor y nata de la city, los magnates neoyorkinos, ofrecían al culto de los pobretones que se resignaban abriendo la boca con sorpresa y estupor —imaginando hasta entonces que aquello solo se daba en la imaginación de los guionistas de Hollywood—, el despliegue alucinante de sus millones —¡vaya usted a saber cómo los habían amasado!— en forma de residencias, quintas y palacetes, capaces de encandilar al más pintado.

Allí, en aquel sector convertido en el sancta sanctorum, de los que desde las tinieblas manejaban el cotarro de todo lo bueno y lo malo que pasaba en la urbe de los rascacielos; allí donde el brazo de río denominado Harlem River iba a unirse con el caudal mayoritario del agua tumultuosa que, de cuando en cuando, con excesiva frecuencia, ofrecía flotando a la macabra curiosidad de los que pensaban que a ellos eso no podía ocurrirles... un cadáver con plomo en la barriga o un par de certeras cuchilladas en el gazonate.

Allí, sí, había detenido Mayte Inrudas su Nash color crema modelo del 80.

En Payson Avenue, 1087, para ser más concretos. A espaldas del Inwood Hill Park, si se miraba desde las márgenes del río.

O'SULLIVAN
CASINO.

Propiedad de Roger L. Sullivan... Roger L. Sullivan es tabú hasta para la bofia —versión Robert Newman, de profesión: sus chivaterías—. De los pocos que han dejado la organización sin que nadie les haya rozado un cabello. Con eso, se lo he dicho todo. Roger L. Sullivan... un mañoso en el exilio que no había perdido el

gusto por ordenar asesinatos y violaciones como en el caso de Viola Carvajal.

Roger L. Sullivan, un fulano con etiqueta de caballero, con homologación de intocable, que podía ordenar una muerte y seguir viviendo impunemente.

—¡Un hijo de ramera! —Se le escapó en voz alta, viendo así traicionados sus pensamientos.

—Derrick... ¿te sientes más tranquilo, o prefieres que demos antes una vuelta?

Negó con la cabeza.

—Son casi las tres de la madrugada, Mayte. El tiempo apremia. Entremos.

—Como quieras...

Un portero con cara de perro de presa, encopetado hasta las pelotas —que quizá en alguna ocasión había ejecutado una sentencia dictada por Roger L. Sullivan con fría sonrisa—, al que los ademanos versallescos sentaban como a San José una metralleta, hacia lo posible por inclinarse y gruñir:

—Buenas noches, bien venidos a

O'SULLIVAN

CASINO. Suerte, señores...

—Esos tipos me repugnan, leche.

—¡Chisst! —Mayte le apretó el brazo.

El bulldog quedaba atrás y Nueva York también, porque ahora se tenía la sensación de haber volado miles de millas y encontrarse, así, de golpe y porrazo, en Las Vegas.

Como en Las Vegas, sí.

O. K., señor Sullivan. Chapeau, que dirían los franceses.

A un lado de aquel emporio del vicio estaban los slot-machines, las máquinas tragaperras, funcionando sin cesar, con el característico sonido de la palanca subiendo y bajando. En la b lle époque del gangsterismo, cuando Capone y compañía los ponían encima de la mesa, puede que con mejor estilo que los tipos como Roger L. Sullivan, aquellas máquinas habían sido denominadas onearm bandit (bandido manco), debido a su única palanca.

No había que admitir forzosamente al bandido manco, porque el señor Sullivan calcaba a Las Vegas con sutil perfección. Había muchos sitios all  dentro, bajo aquel loco derroche de luminosidad

multicolor, donde dejar la pasta... esperando el barril de los chistes para salir de la casa tapándose las vergüenzas: dados, póker, kino, ruleta, *black-jack*, chemin de fer, bingo...

—Esto debe rentar una fortuna —comentó Mayte.

—A Sullivan le parece poco, pequeña. Por eso se dedica al robo, el chantaje, la protección... ¡qué a gusto lo partirla en dos!

—¿Para pasarte el resto de tu vida entre rejas?

Lógico razonamiento, sí.

—La ley no castiga por aplastar cucarachas...

—Déjate de hablar como un personaje de novela policíaca, Derrick. ¿Debo ser yo, ahora, quien apele a tu sentido común?

—Admito que estás en lo cierto. ¡Pero no puedo quitarme de la cabeza el cuerpo sangriento y destrozado de Viola Carvajal!

—Lo entiendo. Pero tienes que sobreponerte... si aspiras a seguir viviendo.

—¡Claro que quiero! Apenas si he empezado a vivir...

—Sigues hablando como un detective de papel escrito.

—Puede...

Siguieron moviéndose por allí adentro, en silencio. Hasta que Derrick dijo:

—¿Los reconocerás, no?

—¡Querrás decir que no los olvidaré en mi vida! Claro, hombre. Ya te haré una seña... Tranquilo, Derrick, te lo suplico.

—No sé cómo puedes manejar la palabra tranquilidad con... ¡con tanta tranquilidad!

Mayte apretó los labios. Sabía que cualquier palabra que pronunciase no haría más que excitar al detective.

De intervalo en intervalo se escuchaban las voces monótonas y cansinas de los croupiers, el sonido de la bola al girar vertiginosamente en la ruleta, el incesante ding-clack de las slot-machines... Nadie parecía reparar en nadie. Los ojos sólo servían para crispase en brillantes miradas cuyo epicentro era el casillero de la ruleta donde parecía detenerse la bola, al girar de los dados frenándose para ofrecer una de sus caras numeradas, el correr de los naipes encima del verde tapete...

El techo de la estancia, de un vivísimo y sangrante color bermellón, estaba rebosante de luces empotradas. Pero Derrick sabía perfectamente que no todas funcionaban. No, no todas.

Porque algunas de ellas, en apariencia encendidas, disimulaban los objetivos desde los que un circuito cerrado de TV captaba las imágenes de cuanto estaba sucediendo abajo.

A un lado aquel sistema de seguridad, igual al de la mayoría de lugares como aquél —con sus particularidades y medios más o menos sofisticados que la técnica iba aportando a diario—, se encontraba un plantel de tipos sin escrúpulos, matones, gatilleros, exboxeadores y

excatcher's

incluso, que deambulaban por la sala y entraban en acción, si era preciso, con una rapidez y efectividad casi increíbles.

Perros de presa, tipos como Lagton, Darrow, Cotten... gentuza que no tenía derecho a la vida y que encima se permitían el lujo cruel de jugar con la de los demás.

—¡Eh, Derrick... allí! —exclamó Mayte, de súbito, ahogando la voz al darse cuenta de que la elevaba—. Aquel que está de pie junto a la segunda mesa de ruleta...

—Lo veo.

—Es el que me ha hecho el corte en la mejilla... es el que se llama Gareth.

Derrick Hudson cuadró las mandíbulas al tiempo que sus puños se cerraban con fuerza.

—¿Estás dispuesta, pequeña?

—Sí... Tú vuelve al coche. Ve tranquilo, porque te lo voy a llevar como un cordero.

—Ten mucho cuidado, chica de la radio. Ahora que he empezado a quererte no me dejes sin ti.

—¡Descuida! —sonrió, y le dijo, ampliando su cálida y excitante sonrisa—: No me quisiera morir sin escuchar de tus labios esa proposición deshonesta que tienes que hacerme.

—¡O. K.!

El detective se fue hacia la salida mientras Mayte ponía rumbo, con decisión, hacia el punto donde se encontraba Gareth Cotten —gatillero, perro de presa, marcador a navaja de cutis femeninos y otras menudencias por el estilo—, dispuesta a jugar sus naipes al sistema y vieja usanza que recordaba haber leído en las novelas llamadas negras. Allí no había micros direccionales, ni estaba Tony

Moreno al control de sonido, no había sintonía, cuñas comerciales ni oyentes atentos... Aquél no era su mundo, no era el mundo de la chica de la radio... Allí sólo había peligrosos criminales, frente a los cuales, un error costaba la piel.

Y Mayte, tenía una piel suave y bonita. Agradable al tacto, se supone. Pero ella se sabía en deuda con Derrick y también con una muchacha —violada y brutalmente asesinada— que no había llegado a conocer.

Unos pasos antes de situarse frente al matón, desabrochó los botones superiores de la blusa roja —dos para ser exactos—, permitiendo que sus pechos cálidos y pletóricos, agitados por el nerviosismo, se bambolearan sugestivamente casi por los bordes de la tela.

—¡Hola, navajero! ¿Te acuerdas de mí?

Gareth, en principio, no fue capaz de ocultar su sorpresa.

—¡Eh...! ¡Pero! ¿Qué haces tú aquí?

—Desde este mediodía ando preguntándome qué sabrás tú hacer, aparte de surcar mejillas con navajas... ¿Sabes hacer algo más, navajero? Por ejemplo, ¿qué harías con esto?

—¿Has venido a burlarte, a provocarme, o a que te mate?

—¡Por Dios, no seas violento, cielo! La violencia no va contigo. En serio, no quiero que me mates, ¿comprendes? Después de escuchar las noticias del cierre, en las que se ha comentado algo sobre un crimen monstruoso cometido en la persona de Viola Carvajal, he pensado que a lo mejor, siendo amable y cariñosa contigo, me evito un final tan horrible. Hay un refrán que dice, que quien a buen árbol se arrima...

—Con las mismas sábanas se cobija, ¿no? —soltó el pistolero, luciendo una risotada procaz y empezando a sobar abiertamente el cuerpo de la mujer.

Mayte hubo de esforzarse para dominar los estremecimientos de asco que la acometían al notar los dedos de aquel sádico recorriendo su piel. Se apropió de serenidad y sangre fría, para decir:

—Aquí no, impaciente. Tengo ganas de ti, pero no aquí. ¿Tardarás mucho en...?

—Acabo de terminar ahora mismo, muñeca.

—Pues sígueme, marcador de mejillas. Quiero saborear tus

otras... experiencias.

Codearon entre la gente para alcanzar los cortinajes que daban acceso al vestíbulo y guardarropía. Allí, Gareth atrapó por un brazo a la chica de la radio.

—Un momento, pequeña.

Giró la cabeza en redondo.

—¿Sí...?

—Mírame bien, prenda.

—Lo estoy haciendo.

—Entonces... ¿es de veras que me ves cara de idiota?

Mayte —no hacía falta ser un lince— comprendió que algo no funcionaba bien.

—¡Pero...! ¿Qué te pasa ahora, navajero? ¿Es que tienes miedo?

Gareth soltó una de sus ofensivas risotadas.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Sí, claro, tengo miedo! Se me nota, ¿verdad? Como la jeta de idiota. ¿Con quién imaginas que te la estás jugando, boba? Sé de mis limitaciones masculinas, golfita. Y he corrido demasiados kilómetros como para saber que una monada como tú no se muere de deseo, así, de repente, por el tipo que le ha surcado la mejilla con acero aunque él sea Robert Redford. ¿A qué éstas jugando, mona?

Mayte comenzó a sentir un frío cosquilleo por la espina dorsal.

—Mira, matón, si tratas de justificar algo con toda esa palabrería barata lo dejamos y...

—Aquí, nena, nadie va a dejar nada —la presión que la mano de Gareth ejercía sobre el brazo de la muchacha, se intensificó peligrosamente—. Me empiezo a arrepentir de no haberte rajado el gaznate, pequeña zorra. Ahora mismo vas a explicarme lo que te llevas entre manos... mejor dicho, se lo contarás a un caballero que te escuchará con muchísima atención. ¡Vamos!

Tiró de Mayte hacia una escalera de mármol con pasamanos dorado que se iniciaba en el ángulo izquierdo del vestíbulo, por delante del guardarropía.

Mas, de súbito, una figura pareció como nacer de entre los pliegues del aterciopelado cortinaje que distanciaba el guardarropía de la sala central y Gareth sintió en su costillaje el inequívoco contacto del cañón de un revólver, que daba la sensación de querer horadarle.

Aquella inesperada figura tenía hasta voz:

—Me importa un rábano balearle aquí o en otro lado, chorizo. Camina hacia la salida, sin aspavientos, gestos ni nada que se parezca a una seña, si quieres seguir disfrutando de una vida que no mereces. ¡Rápido!

Gareth hizo lo que le ordenaba el de la pistola... en parte. Porque al pasar junto al simiesco portero —encopetado hasta las pelotas y con unas charreteras que dejaban a las de Napoleón en simple disfraz— algo debió de hacer, algo insignificante pero convenido, porque el de las reverencias parisinas se fue directo a Derrick Hudson con un gesto de mala leche impresionante.

El pesquisa, en parte, lo esperaba.

Por eso, sin encomendarse a nadie, lo recibió con un violento patadón allí donde más les duele a los hombres muy machos, mejorando lo presente, claro.

—¡Aaaaay! —exclamó, encogiéndose como está mandado.

—¡Qué hace usted! —gritó a su vez la tía del guardarropa.

—Saludando al portero, señora —repuso Hudson, contribuyendo con otro punterazo de los que hacen época a que el de uniforme, con toda su enorme naturaleza, impactara contra la jamba metálica de la puerta, resbalando hasta quedar en tierras, doblando y groggy. Entonces alzó el cañón de la pistola de las costillas a la nuca de Gareth y lo empujó hacia la calle, diciendo—: ¡Vas a maldecir a tu madre por haberte traído al mundo! ¡Fuera, deprisa!

Mayte, muda de asombro, hubiese deseado, no obstante, aplaudir la actuación de Hudson. ¡A cada cual lo suyo, pequeña! O zapatero a tus zapatos, que se dice.

Cuando la alarma cundió entre los colegas del portero y Gareth, éste ya se encontraba a bordo del Nash de Mayte, en la parte trasera, junto a Derrick, que le enseñaba ahora, por delante, el negro y letal agujero del 38.

—¡Arranca, chica! ¡Vámonos de aquí!

El automóvil salió zumbando.

—¿Adónde, Derrick?

—A High Bridge Park. Estaremos solos y nadie interrumpirá el diálogo que voy a mantener con aquí... —Le dio, suave ahora, con el cañón en el pómulo—, nuestro amigo.

Torció con habilidad y casi sobre dos ruedas —virguera que

debía ser ella— por Dyckman Street, arteria que se introducía por el verde y a aquellas horas solitario laberinto de High Bridge Park.

Derrick, indicando con el arma un claro rectangular rodeado por franjas de césped, flores geométricamente encuadradas y frondosos arbustos, anunció:

—Aquí vale, Mayte.

Frenando, que es gerundio.

A punta de pistola —que es como debe tratarse a los tipos de la calaña de Gareth—, lo empujó afuera del vehículo.

—Hemos llegado, Billy el niño. ¡Abajo!

Sombras, soledad y silencio. Lugar apto para el rodaje de la más truculenta secuencia de terror.

Gareth Cotten estaba nervioso y acojonado, eso se palpaba.

Derrick dio una vuelta alrededor del pistolero, se le encaró y le dijo:

—Yo soy un tipo muy violento...

Siguió dando vueltas y de repente se detuvo ante Gareth incrustándole el puño izquierdo en el diafragma.

—... ¿comprende?

Cotten, sin aire en los pulmones, se dobló, enderezándole Hudson con un trallazo en la mandíbula.

—Ya sé que no se puede andar por el mundo hinchando a la gente, pero...

Gareth había trastabillado hacia atrás y se esforzaba en mantener la vertical cuando el pesquisa le estrelló nuevamente el puño en pleno rostro.

—... cuando me tropiezo con basura como tú, me pierdo... Me pierdo, Gareth, ¿lo comprendes?

—¡Sí, sí...! —soltaba sangre por la comisura de los labios—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Lo ves, Mayte, lo ves? —Ella asistía en silencio y hasta puede que un tanto incómoda a una escena que hasta entonces suponía patrimonio de Hollywood y de los telefilms de serie—. Gareth es un tipo sociable, comprensivo diría yo. Aunque a veces se vea obligado en contra de su voluntad a participar en canalladas como la cometida en la persona de Viola Carvajal, en el fondo...

Otra vez le metió el puño en mitad de la boca.

—... es un menda razonable y comprensivo. ¿Verdad, Gareth?

Faena tenía Gareth conteniendo la sangre que ahora brotaba caudalosa.

—¡Ya basta, detective...! ¡Dígame lo que quiere y no me sacuda más!

—Lo que yo digo, Mayte. Da gusto tratar con caballeros. Vamos a ver, Gareth Cotten, cuéntame quién os dio la orden de obrar brutal y canallescamamente con Viola. Cuéntame, hombre, cuéntame.

—¡Espera! —exclamó Mayte, al tiempo que del bolsillo de su pantalón extraía un aparato achatado de color negro con un canto blanco metálico.

—¿Qué es eso, pequeña? —inquirió Derrick.

Mirando una de las caras del instrumento, repuso con cierta ironía:

—Aquí pone... SANYO, cassette-tape-recorder M1001...

—¡Ah, vaya, qué chica ésta! Has querido decir una grabadora. ¿Qué te parece, Gareth? Esta gente del mundo de la información... ¡son la leche! Fíjate las cosas que se les ocurre llevar encima. Y supongo —miró a Mayte— que con ese cacharrito vas a grabar lo que hablemos, ¿no?

—Exacto. Este cacharrito que casi no se ve tiene una fidelidad endemoniada.

—¡Anda, Gareth, que tu voz pasará a la posteridad! ¿Decías?

—Ulli... —Se mordía el sangrante labio, nervioso, como si le supiera mal soltar la lengua—. El nos dio la orden.

—Ulli está muerto. Una tal Africa no sé qué más lo ha ventilado antes de que termináramos la conversación que manteníamos. Ulli no llegó a decirme quién, a su vez, le dio a él la orden... y espero que me lo digas tú.

—Bueno... se dice que Ulli está... estaba al servicio del señor Sullivan. El nos metió a nosotros en el casino y contrataba a otros...

—¡Asesinos, dilo, asesinos! No te dé vergüenza, hombre.

—... contrataba a otros cuando hacía falta. Ulli nos pagaba y se encargaba de todo lo que se relacionaba con... nosotros. Ayer por la tarde nos dio instrucciones de lo que debíamos hacer con Viola Carvajal. Fuimos Simón, Gordon y...

—Tú, hijo de perra. Continúa.

—Nos advirtió también que después de éste...

—¿Trabajo...? ¿Ibas a decir trabajo, eh, mal nacido?

—... deberíamos largarnos de la ciudad durante una temporada. Gordon Lagton salió ayer mismo por la noche hacia Chicago. Simón y yo íbamos a hacerlo esta mañana.

—Dices bien: ibais. Porque tú no irás ya a ningún lado, si exceptuamos comisaría de policía y posteriormente talego. Háblame del señor Sullivan, del boss.

—Desde que trabajo en el casino le he visto un par de veces y sólo nos hemos cruzado el saludo. Nunca habla con... nosotros. Ya le he dicho que era Ulli quien...

—Pero las instrucciones de todo lo relacionado con los crímenes, chantajes, drogas, prostitución, etcétera, parten de Roger L. Sullivan, ¿no?

—Supongo. Ulli tenía a la gente dividida en grupos. Cada uno se cuidaba de una...

—¿Especialidad... quieres decir especialidad, asesino repugnante?

—Bueno... lo que quiero decir es que se procuraba que cada cual se ocupase de lo suyo sin inmiscuirse en el terreno de los demás.

—¡Eso se llama organización, sí, señor! Y eso, ¿es todo lo que tú sabes del emporio que dirige el todopoderoso señor Sullivan?

—Sí.

Y guardó silencio. Como expectante. Y lo estaba realmente. Porque Gareth había advertido que Mayte Inrudas, grabadora en ristre, de un modo instintivo, habíase acercado a él para ir grabando. Demasiado. Se había acercado en exceso, sí.

Gareth, de pronto, saltó ágilmente sobre la chica. Y su mano voló al bolsillo del terno para salir con la navaja cuya aguda punta quedó a escasos milímetros de la garganta de Mayte.

—¡Oh...! —musitó ella, asustada.

—¡Pintan bastos, detective! —gritó el gatillero con alegría y rabia al unísono.

Derrick se maldijo mentalmente un millón de veces. Un millón... una, para ser exactos; la una, por no haber registrado a Gareth. El millón, por gilipuertas.

—¡Tire la pistola!

Era una posibilidad.

El no tirarla, pensando que Mayte solo medía ciento cincuenta

centímetros —milímetro arriba, milímetro abajo—, y Gareth unos cuantos más.

Sólo una posibilidad.

Si en los circos habían tíos que marcaban la silueta de una mujer, a cuchillazo limpio, contra un fondo de madera... ¿Por qué no podía él...?

—De acuerdo. ¿La dejarás a ella libre?

—¡Tire la pistola! ¡No está en situación de imponer condiciones! ¡Vamos, fisgón, tírela... o le rebano a ésta el pescuezo de lado a lado!

—Tranquilo, tranquilo... la tiro al suelo.

No.

Su mano se fue hacia arriba vertiginosamente y el índice tiro del gatillo.

¡BANG!

Un solo disparo. Seco. Que restalló en el silencio de High Bridge Park como un cañonazo.

—¡Nooooo!

La del grito fue Mayte. Que se vino abajo dejando escapar la grabadora de entre sus dedos, pensando en que debía morir o al menos desmayarse.

Gareth Cotten, que como asesino tenía que ser mucho más frío y entero, no pronunció ni una sílaba.

Hubiera sido el primero de la historia en hacerlo... con un proyectil clavado en mitad de la frente.

Derrick corrió como un gamo para recoger a Mayte entre sus brazos.

—¡Loco...! —suspiró ella, y ahora sí, ahora se desmayó.

—¡Lo que faltaba! —jadeó Derrick, alzándola y echando a correr hasta el coche.

CAPÍTULO XI

Se hacía difícil abrir la portezuela con ella a cuestas.

Y más difícil todavía —lo del circo cobraba cada vez mayor verosimilitud— si las luces largas de un vehículo se estrellaban de lleno, deslumbrantes y cegadoras, contra el rostro de Derrick Hudson.

Un coche que había llegado silenciosamente hasta allí y que por lo visto llevaba un rato amparado en las sombras.

—Déjela en el asiento posterior, detective —ordenó una voz. Advirtiéndolo—: Y esta vez no haga el héroe porque le apuntan dos pistolas y una metralleta.

Obedeció, sin hacer el héroe.

—¿Y ahora... les canto algo para animar la velada?

Amainó la potencia de los faros.

—Me cae usted bien... Hudson. ¿Se llama Hudson, verdad?

—Eso dicen. ¿Y usted?

—Roger L. Sullivan.

Los ojos del detective ya se habían acostumbrado a la luz y captaba la escena. En efecto, dos tipos con pistola y el portero del casino, que le miraba aviesamente, empuñando la metralleta anunciada. A lo Capone de los mejores tiempos.

—¿Quiere venir a sentarse aquí... —señalaba uno de los bancos del parque utilizados normalmente por las parejas para besos furtivos y sobos de emergencia, recalentón incluido—, a mi lado? —le invitó.

—Faltaría plus —seguía en su línea irónica—, caballero. Usted manda. Ya sabe, donde hay patrón...

Fue a sentarse junto a él bajo la atenta mirada de los tres guardaespaldas.

Fijó su atención en Roger L. Sullivan. Aquel que según Robert Newman... Estuvo, no lo está... y sigue vivo. Muy vivo. ¡Y tanto!

Mañoso él, en voluntario exilio. Todo un personaje al que había que dedicarle atención, mucha atención, sí.

Un perfecto *gentleman*. Tanto, que uno se preguntaba si habían inventado la palabra para calificar precisamente a Roger L. Sullivan. Impecable además. Con traje negro de media etiqueta, camisa de un blanco impoluto, corbata negra de lazo... y todo aquel derroche de indumentaria resaltado por la innata elegancia del boss. Impecable, sí. Con unos cuarenta y tantos muy bien llevados —quizá sobaban los tantos—, alto, de maneras suaves, cabello prematuramente blanco que acrecentaba sus elegantes condiciones, pausado en la voz y los ademanes; lo dicho: un perfecto *gentleman*.

—Dispongo de poco tiempo, Hudson.

—¡Vaya! No puede imaginarse cuánto lo siento...

—¡Ah...! Le felicito por su puntería. Le ha hecho a Gareth un perfecto agujero en la frente... casi tan perfecto como el que Zoltan Hobson le ha hecho en la nuca. Hobson lleva silenciador en su revólver, ¿verdad, Zoltan?

Zoltan Hobson era uno de los matones con pistola. «¡País éste —pensó Hudson—, aquí cualquiera va por la calle con la artillería puesta!», que largó un gruñido al interrogante de su jefe que equivalía a; Sí.

—Ya se ve que es un chico muy prevenido... ¡y muy eficiente en su trabajo, sí, señor! ¿Me decía, señor Sullivan? Algo sobre el tiempo, ¿no?

—Es hora de olvidar los sarcasmos, Hudson. He venido a hablarle, cuando me hubiera bastado con ordenar que lo liquidaran, ¿entiende?

—Y estoy completamente de acuerdo. Con Viola Carvajal no ha sido usted tan considerado, señor Sullivan. Debo admitir que le caigo bien.

Sonrió, mostrando una doble hilera de blanquísimos dientes.

—De eso precisamente, y de otras cosas, he venido a charlar con usted. Lamento desilusionarle, pero yo no he dictado sentencia contra esa muchacha... aunque admito haber dictado otras. Uno se mueve en un mundo muy complicado y a veces, aun lamentándolo, no hay otra opción que... eliminar obstáculos. Le doy mi palabra de que nada he tenido que ver en el asesinato de Viola Carvajal. Si fuera lo contrario se lo dirá con toda franqueza... por la elemental

razón de que usted nada puede contra mí.

—¿Así de sencillo?

—Así, Hudson. Hay gente de posición y enjundia muy superior a la suya que llevan décadas mordiéndose las uñas con la vana esperanza de verme, como mínimo, frente a un tribunal. En el fondo, saben que pierden el tiempo. Acepto, eso sí, que alguno se ponga nervioso de tanto esperar y mande que me fríen a tiros... pero tomo precauciones, ¿comprende?

—¡Oh, sí, está diáfano! Usted habla del mundo del crimen con la misma naturalidad que podría hablar de fútbol... ¡y hablando de fútbol!, ¿qué me dice de los sistemas de extorsión a los futbolistas?

—Despacio, Hudson, sigue errando. Si le digo que no he tenido que ver con el asesinato de esa muchacha, es que estoy al margen de todo ese asunto que se aireó ayer por la tarde a través de la JBC en el programa de su amiga. No digo que Carvajal ni que la chica de la radio mientan, es más, digo que lo del chantaje existe, pero digo también que soy ajeno a ello... aunque desde hace unas horas sé que algunos de mis hombres han estado involucrados en el asunto.

Mayte había recobrado el conocimiento y salió del coche, un tanto torpe y confusa.

—¿Qué ha...?

Zoltan Hobson corría hacia ella para detenerla.

—¡Ni la toques tan siquiera, Zoltan! —Tralló, ominoso, Robert L. Sullivan. Y dirigiéndose a ella, dijo en tono afable—: Quédese donde está, señorita. Nada va a sucederle nada a usted ni al señor Hudson.

Mayte se quedó quieta, intentando hacerse a la realidad, mientras Sullivan proseguía su conversación con el detective. En estos términos:

—Es la primera vez en mi vida que doy esta clase de explicaciones, pero a veces resulta grato romper moldes y hacerse asequible a los demás. Un privilegio del que nadie ha disfrutado y que puedo asegurarle no se repetirá jamás.

—¿Insinúa que debo estarle agradecido?

—Sí. Y no sólo por esta razón, sino por estar vivo además. Es en las películas, Hudson, donde el pelacañas privado, en base a la teoría de que nada tiene que perder, si exceptuamos la vida, se enfrenta a los hombres como yo, los mitos del hampa truculenta de

guante blanco, y acaba desenmascarándolos para dejarlos, antes del FIN, en manos de ese fiscal de distrito que llevaba años deseando atraparlos. En la vida real, eso no es así... el detective no se atreve a eso, y si se atreve, se le ejecuta... ¡y santas pascuas!

—Me está usted levantando la moral, señor Sullivan. Mañana pensaré en dedicarme a recoger basura. Admitida su inocencia, ¿qué debo hacer ahora?

—Irse a su casa y descansar. Yo terminaré lo que usted estaba empezando. Por el simple hecho de que alguien ha estado utilizando a mis hombres para cargar en mí debe unos asuntos turbios en los que no tengo arte ni parte. Me ha costado admitir que Ulli Eberth me la jugara... y eso me lleva a pensar que mi enemigo es poderoso, que está en mi mismo plano, fuera de la ley para que usted me acepte, y que es de los que lleva tiempo aguardando para verme fuera de circulación. No piense que es sólo la policía y el fiscal de distrito quiénes quieren verme entre rejas... ¡y éstos son los que menos me preocupan! Por eso, Hudson, soy yo quien debe arreglar este desagradable *affaire*. Usted dedíquese a la chica y olvide el caso. Ulli está muerto, Gareth también, Gordon en Chicago al parecer... sólo que queda Simón Darrow para comenzar mis investigaciones. Si se descuida, me deja sin material, detective. Y ahora, si me disculpa... —Se puso en pie, tendiéndole la mano—. Ha sido un placer, Hudson.

El detective, de un modo instintivo, le estrechó la mano.

—Ahora... ¿debería decir lo mismo digo, no? Bueno, en el fondo, tampoco ha sido tan desagradable. ¡Ah, señor Sullivan!

—¿Sí, Hudson?

—Ya que hemos jugado a ser sinceros, no cuente con que me esté quieto en casa. Puede que tenga usted razón en eso de que los desgraciados como yo sólo juegan a ser héroes en las películas y novelas... pero tengo que deslumbrar a una chica y sólo lo lograré si juego a detective de novela, ¿me comprende, verdad?

Le sonrió cordial y abiertamente. Como Derrick no hubiese imaginado jamás que fuera capaz de sonreír un tío de las condiciones morales de Roger L. Sullivan... un tipo que admitía haber dictado sentencias de muerte, que aceptaba un montón de delitos que la policía se mordía las uñas por demostrar, que reconocía que sus enemigos peligrosos eran los de su línea, que

jugaba a ser importante, intocable, que había dejado la Mafia por propia voluntad y seguía vivo... no, no había imaginado que fuese capaz de sonreír cordialmente.

—Es su problema, muchacho. Entiendo que a su edad se hacen muchas tonterías. Cuídese. ¡Adiós, señorita! Y felicidades por su programa... aunque algún día puede reportarle un serio disgusto. ¡Vámonos, familia!

Sí, su familia. Los que tenían que evitar que algún nervioso le acribillara a tiros por la espalda.

«Bien mirado —pensó Derrick—, vivir como vivían aquellos importantes, no era vivir».

El automóvil, Chevrolet por más señas, de carrocería tan negra como las sombras de la noche y la conciencia de su propietario, se perdió pronto por entre el laberíntico trazado de High Bridge Park.

Mayte corrió para abrazar a Derrick y éste para hacer lo propio. Bastaba con verlos, allí, después de todo lo sucedido, fuertemente estrechados el uno contra el otro... para pensar que eran como niños.

Se besaron y todo. ¡Hay que ver qué poca cosas necesitaba la juventud para dar rienda suelta a... eso!

—¡No me han quitado la grabadora! —exclamó la de los ojos vivarachos y cara de ratoncito travieso, exultante de alegría, imaginando que disponía de una prueba capital contra...

—Como si no tuviéramos nada, cariño. Por eso te la han dejado. Si algo hay que reconocer es que Roger L. Sullivan sabe hasta dónde puede llegar. No corre riesgos innecesarios y esa cinta no es ningún riesgo contra él. ¿Decepcionada?

—Un poco, sí. ¿Y ahora?

—Trato de pensar en demasiadas cosas y no veo ninguna clara. Podría localizar a Simón Darrow a través de mi chivato particular, pero eso llevaría su tiempo y Sullivan dispone de mayores medios para dar con él, cosa que sin duda hará. No quisiera estar en el pellejo de Darrow, porque van a intentar sacarle lo que no sabe y le harán vomitar sangre. Ulli Eberth era el que jugaba con las dos barajas y el único que conocía la identidad del jefe de esta operación chantaje al deporte... operación que según se desprende de las palabras de Sullivan tiene dos vertientes: la propia del mismo delito, o sea, obtener saneados beneficios... y cargarle el muerto a

él. Lo que se llama matar dos pájaros de un tiro. Sullivan, aunque se ha mostrado imperturbable, tiene un cabreo mortal... y estoy seguro de que tiene también una idea bastante concreta de quién se la está jugando.

—¿Y tú...?

—Ahora me apetece pasar lo que queda de noche en un motel, con una chica, mientras pienso en eso... en la persona que se la puede estar jugando a Roger L. Sullivan, que es la misma que extorsiona a los futbolistas y que dictó sentencia de muerte contra Viola Carvajal.

—¿Y dónde encontrarás esa chica que quieres pasar lo que queda de noche, contigo, en un motel...? Si yo pudiera creer que sólo vas a pensar...

—¿Quieres arriesgarte?

—Quiero.

CAPÍTULO XII

Los de los moteles estaban en todo, ¿vale?

Con uno de los conmutadores de la luz del *bungalow* se podía conseguir una tonalidad como de amanecer. Y girando un poco más a la izquierda, se tenía una preciosa puesta de sol. Los vergonzosos, de desearlo, podían quedarse completamente a oscuras.

¡Así da gusto ir por el mundo!

Puestos en contacto con tan sofisticados métodos para ambientar el amor, uno llega a estremecerse al pensar en lo soso y aburrido que tenía que ser el despelote de nuestros antepasados.

En el *bungalow* había hilo musical.

Nuestros antepasados, seguro, tenía que desnudarse sin ningún tipo de sintonía.

Las melodías, seleccionadas para enmarcar las escenas que mayoritariamente se repetían en cada *bungalow*. Ya se sabe: la noche, el motel, un chico y una chica...

Porque eso de que la gente va a los moteles a dormir ya no se lo cree nadie. Van a...

Mayte estaba de pie, muy quieta, frente a Derrick.

El hilo musical dejaba escapar la voz de humo del románticoide Lucho Gatica. Y la letra de una pieza inolvidable...

Tú me acostumbraste, a todas esas cosas...

—¿Me vas a acostumbrar, Derrick?

Lo que faltaba, ¡que andase estimulándolo!

—Creo que sí, pequeña... —Y sus manos la ayudaron a librarse de la blusa roja.

Y tú me enseñaste, que son maravillosas...

—Me parece que estoy enamorada de ti, detective.

Derrick, detuvo sus dedos, que cabalgaban hacia el corchete del sujetador, para apretar aquel cálido cuerpecito contra el suyo y buscar con febril ardor los labios húmedos y rendidos, de la chica

de la radio.

Sutil, llegaste a mí, como la tentación.

El beso acabó cuando sus pulmones, que agitaban violetamente sus cuerpos, se quedaron sin aire.

—Mayte... te deseo.

—¿Sólo eso? ¿Ahí termina todo lo que tú sientes por mí?

Derrick, que fue completando la tarea interrumpida, miró con abierta rectitud los ojos, brillantes y encendidos ahora, de Mayte Inrudas.

—Nunca he tenido muy claro si del amor nace el deseo, o es el deseo quien da paso al amor. Pienso, preciosa, que sería capaz de estarme muy quieto, mirándote, diciéndote palabras hermosas... y sin rozarte con un solo dedo. ¿Eso es amor?

—Es... Pero no voy a pedirte tanto porque sé que tampoco sería justo. Y quizá... —Las mejillas de Mayte enrojecieron como nunca, lo mismo que si estuvieran sangrando vivamente—, porque soy yo la que no podría estarme quieta.

—Ha sido todo tan rápido que es lógico que no estemos muy seguros de nada...

Mayte se había acercado a la cama para retirar hacia abajo el embozo de las sábanas. Desnudo su cuerpo sexual, levemente temblorosa,ladeó la cabeza de largos cabellos rizados y azabaches, que ahora prestaban un especial encanto a su frágil pero ardiente anatomía, para preguntar:

—¿Hablas por los dos... o te refieres sólo a tus propios sentimientos?

—Bueno... —Derrick, que se había despojado de su jersey de progre, titubeó, mordiéndose el labio—, quizá no me he expresado bien. Estoy seguro de lo que siento por ti, pero puede que un tanto confuso por el cómo y el porqué. ¿Tú estás segura, Mayte?

Yo no concebía, cómo se quería...

—Mi seguridad no tiene por qué ser la tuya —se había refugiado ya entre las sábanas—, pero si de verdad deseas una respuesta: estoy completamente segura. Pienso que si no te abofeteé de verdad en el PRINSEN RESTAURANT, fue porque la flecha me la jugó. Nunca había pensado que eso sucediera en la realidad... ¡claro qué, en pocas horas, me he convencido de que son reales muchas cosas que yo suponía de ficción!

—Acabaré por sentirme culpable...

—Y debieras sentirte... por el hecho de tener a una chica como yo esperando en la cama. ¿Quieres que pille un resfriado?

... en tu mundo raro y por ti aprendí...

—¿No te has dado cuenta de que soy muy tímido, chica de la radio?

—Eso se lo dirás a todas, ¿no?

Fue hacia ella, se metió entre las sábanas con ella, la acarició suavemente a ella... y ella se vino abajo porque casi siempre es así y así seguirá siendo.

—Eres lo único bueno que me ha pasado desde esta mañana y desde hace miles de años, preciosa —y selló su boca con un prolongado ósculo.

Los brazos de Mayte, trémulos y esperanzados al mismo tiempo, se enroscaron en el cuerpo musculoso del detective, mientras Lucho Gatica seguía echándole leña al fuego:

Por eso, me pregunto, al ver que me olvidaste...

—Después de esto —jadeó ella—, ¿me olvidarás?

—¿Tú qué piensas? —Las caricias se intensificaban y Mayte se perdía entre sus suspiros por los brazos de él, que añadió—: Esto, como tú dices, no es algo que se pueda olvidar con facilidad. No, no te olvidaré nunca, chica de la radio.

—¡Oh, Derrick, sólo el contacto de tus dedos me...!

—Eres deliciosa, Mayte...

—¡Aaah...! ¡Derrick, vida mía, estoy en la gloria!

¿Por qué no me enseñaste... cómo se vive sin ti?

—Quiero vivir siempre contigo, Mayte. Amor...

—Derrick. ¡Derrick!, ¿qué me estás...?

—Ha sido maravilloso, Derrick.

—¿Le has dicho lo mismo a todos?

—¿Tratas de ofenderme o es que te sientes celoso?

—Apuesta por lo último. Pero no me preocupa que...

—¡Derrick! —Ella se alzó del lecho, apretando la sábana contra sus pechos, aún agitados, aún excitados—. ¿Es qué piensas que cada vez que he conocido a un hombre...?

—¡Mayte, por favor! No hagas un castillo de un grano de arena. ¿Quién te ha pedido explicaciones?

—¡Soy yo quien quiere darlas! Ése es el problema... Por eso a

veces una teme dar rienda suelta a sus sentimientos. Admito que no eres el primer hombre con quién me he acostado, pero de eso a imaginar...

—¡Mayte, Mayte, ya vale! Es suficiente, ¿no crees? Hemos venido aquí para hacer acto de contrición o porque lo deseábamos, ¿por qué, dime?

La chica de la radio se abrazó fuertemente a Derrick.

—Yo he venido... ¡porque te quiero!

—Eso debe bastarte. Yo no estaba enamorado de todas las mujeres que han pasado por mi vida, es más, nunca había sentido esa extraña sensación que tú has despertado en mí. Sé que es maravillosa y con ello me siento feliz. No me preocupa otra cosa que el sentirme dichoso junto a ti y el pensar que esto puede ser definitivo. ¿Qué nos importa lo demás, lo que pasó antes, aquella equivocación o aquel momento feliz junto a otra persona? Eso ya es el pasado, el presente somos tú y yo...

—Nunca había imaginado que un detective supiera filosofar de manera tan romántica...

—Soy así por parte de padre. A los dos, el mundo nos hizo muy rebeldes. ¡Ah!, ¿qué te parece si ahora me dejas pensar?

Tras un fugaz beso, apenas si un roce de los labios ella sobre los de él, exclamó, feliz y sonriente, la de los ojos vivarachos, ahora más iluminados que nunca:

—¡Es cierto, Derrick! ¿Cómo se me ha olvidado...? Tú has venido aquí para pensar, ¡es verdad!

—Aunque te burles, pequeña.

—Y... —Era graciosa aquella sonrisa pícara que alimentaba sus facciones de ratoncito travieso—, ¿has podido pensar en algo, amor?

—¡Naturalmente, preciosa! El placer me estimula las neuronas, el orgasmo vivifica mis sensores de inteligencia y...

—¡Tonto!

La miró con seriedad.

—Sí, he pensado, Mayte. Esto que hemos vivido hoy es como un *puzzle* del que en pocas horas se nos han ido ofreciendo casi todas las piezas. Pero lo han hecho tan deprisa, que no hemos tenido tiempo de encajarlas adecuadamente. Es cuestión de empezar a hacerlo...

—Como si hablaras en chino.

—¿Te parece lógico que el todopoderoso Roger L. Sullivan haya descendido al nivel de un triste pelagatos como yo para ofrecerme toda clase de explicaciones y más?

—No... Bueno, creo que no entiendo demasiado... pero no, no es lógico.

—Pero lo ha hecho, ¿verdad? Y los hombres como Roger L. Sullivan no hacen nada que no tenga una explicación perfectamente lógica y racional...

—¿Y cuál es esa explicación, Derrick?

—Muy sencilla, tanto, que a primera vista se me había escapado: el señor Sullivan... me necesita. Así de simple.

—¡No entiendo nada, Derrick!

—La solución, prenda, en el último capítulo. ¿No estoy jugando a ser detective de novela? Paciencia, todo llegará. ¿Qué hora tenemos?

—Ocho en punto a. m.

—Voy a consultar mi agenda a ver si entre muchos teléfonos de mujeres bonitas y cariñosas...

—¡Sádico!

—... tengo anotado el de un tipo que es la viva imagen de Bobby Ewin, hasta se llama Robert —había atrapado los tejanos y de un bolsillo la menuda agenda, hojeándola—, aunque no ha encontrado todavía la Pamela de su vida. ¡Hombre, a eso se le dice tener suerte! Aquí está el número de mi amigo Newman, que no es el Paul, desde luego. ¡Qué contento se pondrá al oír mi melodiosa voz! Y es que por teléfono gano mucho, ¿lo sabías, muñeca preciosa?

—¡Buf! Mira que llegas a ser tonto y creído, ¿eh?

—Habladurías, pequeña. Gente que quiere desprestigiarme. No hagas caso...

Alargó la mano para coger el auricular del teléfono que descansaba sobre la mesita de noche. Cuando el de la centralita le dio línea disco el número en el dial y, al otro extremo, una voz gangosa y soñolienta que preguntaba con el torpe acento de quien ha sido sobresaltado —y desagradablemente molestado— por el monótono repiqueteo de la campanilla:

—¿Qué pasa... leche? ¿Quién llama a estas horas?

—Son las ocho, grosero. Si te acostaras a la hora de las personas

decentes...

—¡Eh, señor Hudson! —exclamó Robert Newman, soplón por los cuatro puntos cardinales, despabilándose con prontitud—. ¿Es usted, no?

—¡Qué va, hombre, qué va! Soy Stephanie Powers... la de Hart y Hart, ¿recuerdas? Lo que pasa es que imito a las mil maravillas la voz de Derrick Hudson.

—¡Menuda ha liado, detective!

—¿Yo...?

—¡No, usted no! Habrá sido su compañero Robert Wagner. ¡El periódico lo trae en primera página! Vaya carnicería ha montado en el apartamento de Ulli... porque ha sido usted, ¿verdad?

—Verdad. ¿Y ya lo traen los periódicos?

—Edición especial del New York Times de madrugada.

Siempre lo compro antes de acostarme. También he leído lo de esa pobre mujer... la Viola Carvajal.

—¡Cierra el pico, estúpido! —Hudson parecía haber conseguido olvidarse de aquello, y ahora el imbécil de Newman...— ¿Y qué más sabes, enciclopedia?

—Después de marcharse usted he estado dando vueltas por ahí, haciendo preguntas...

—Para eso te llamo, para hacerte una pregunta —y se la hizo.

—¡Hombre, qué casualidad! —exclamó el chivato desde la otra punta del hilo—. ¡De eso iba a hablarle! Pero vale 50 dólares, ¿hace?

—Hace, rata.

—He estado preguntando —siguió Bobby Ewin segundo—, y resulta que la tal Africa no sé qué más... es hermana de esa persona por la que me acaba de preguntar. Creo que eso vale más de 50 dólares, pero sólo tengo una palabra...

—Y una cara muy dura. ¿Y el nombre del tipo?

—¿El mañoso?

—¡No te hagas el imbécil, chivato! Ni se te ocurra subir precios...

—¡Vale, hombre, vale! No se sulfure de buena mañana. William Asner.

—Cualquier día pasaré a pagarte. ¿De acuerdo?

—¡Pero no se demore!, ¿eh?

Derrick Hudson, colgó. Con una amplia sonrisa en los labios. Muy feliz y satisfecho, diríase.

—¿Buenas noticias? —inquirió Mayte.

—Inmejorables. Oye...

—¿Sí?

—¿Qué te gusta más... ser la chica de la radio, o jugar a ser la chica de un detective de novela?

—Ambas cosas, que es una respuesta muy diplomática y también muy sincera. ¿Por...?

—Porque tienes que hacerme otro favor, como el del casino... suponiendo que no hayas cogido una parte muy grande de ese miedo que se reparte...

—Tengo miedo, pero, eso es natural. Tú también lo tienes y no por ello abandonas tu trabajo, ¿verdad? ¿De qué se trata?

—Escucha con atención, pequeña. Con mucha atención, porque nos la vamos a jugar bien jugada.

Mayte lo besó en la boca.

—O. K. Te escucho.

—Bésame otra vez primero, me gusta como lo haces. Después, Derrick habló largo y tendido por espacio de varios minutos.

—¿Dispuesta?

—¡Y excitada por la emoción de la aventura!

—Pues deberé aprovechar esta agradable coyuntura que me brinda tu excitación para...

—¡Son las

8.30 a. m.

!

—¡A la mierda el reloj!

CAPÍTULO XIII

—Soy Mayte Inrudas, del Canal V de la JBC.

La secretaria, que era señorita sin la menor de las dudas, porque la naturaleza la había obligado a ello, miró a la que había recibido muchísimos más favores de la creación, exclamando:

—¡Mayte...! Entonces usted es... ¿la chica de la radio?

—En efecto, señorita —y lo dijo ajena al dolor que esa palabra causaba en lo más profundo de quien lo era desde el nacer y lo sería hasta el morir—. Quisiera hacerle una entrevista...

—¡Uy...! —Hizo un gesto elocuente—. Eso sí que lo veo difícil. ¿Había pedido hora con anterioridad?

Movió la cabeza negativamente y brindó a cambio una tímida sonrisa que buscaba comprensión.

—No... Pero si usted quisiera ser tan amable, al menos de anunciarme.

—Mire —la señorita por obligación más que por devoción, castidad o todas esas chorradas que se dicen... ¡con lo a gusto que la mayoría dejan de ser castas!, también sonrió, mostrando unos dientes que hubieran sido la ruina de cualquier fábrica de dentífricos—, lo haré. ¡Porque usted me cae bien! ¡Ah...!, casi todos los días escucho su programa. ¡Me encanta! Usted tiene mucho gancho... ¡para que luego vayan diciendo que son los hombres quienes más entienden de deporte! ¡Ay, los hombres!

—Le agradezco sus inmerecidos elogios, señorita —¡y dale!—. Y ahora, ¿quiere anunciarme, por favor?

Dejó las gafas encima de la mesa del antedespacho que ocupaba, poniéndose en pie.

—Enseguida. ¡Y le prometo hacer lo imposible para que la reciba!

—Gracias...

Se perdió tras la puerta grande, al parecer de caoba, abierta en

mitad de la pared frontera del antedespacho o sala de recepción. Regresando al cabo de un par de minutos, exhibiendo los dedos anular e índice de la diestra, muy deportiva ella, con la v de victoria.

—¡Adelante, Mayte! La espera.

Pasó al otro lado de la puerta de caoba que la señorita se encargó de franquearle, encontrándose en una estancia con amplios ventanales que permitían el acceso caudaloso de los rayos solares, con un mobiliario ágil y moderno que contrastaba poderosamente con la caoba de entrada, una mesa funcional, holgada, de poliéster con esqueleto de hierro, y tras ella, la mujer rubia, peinada con moño, de facciones muy correctas que respiraban clase y elegancia, lo mismo que su traje de chaqueta gris... que tenía un enorme parecido con la Lana Turner de los buenos tiempos.

Como diría Robert Newman —muy chivato él—. Katharine Kelsey andaba por los 45, quizá menos, pero estaba muy buena todavía. Claro que, Mayte no reparó demasiado en ese detalle.

—Gracias por recibirme, señora Kelsey.

—Llámemme Katharine, por favor. Y siéntese —señalaba la silla que estaba fuera de la mesa, frente a la que ella ocupaba.

—Sí... claro. Gracias de nuevo —y sacó la grabadora.

—¿Le importa decirme en torno a qué va a girar la entrevista? —inquirió, suave y sonriente, la hermosa y cuarentona rubia.

—Somos dos mujeres metidas de lleno en el deporte, ¿no? De manera muy especial sobre el nuevo fichaje de su equipo, Katharine...

—Lo suponía. Ayer tuve oportunidad de escuchar su programa...

—También hablaremos acerca de ese sistema de extorsión que alguien está ejerciendo sobre los futbolistas... es un tema candente.

—Del que preferiría no opinar, Mayte.

—¿Por qué? —Pareció sorprenderse la periodista—. Viola Carvajal ha sido asesinada porque su hermano tuvo la valentía... usted ha dicho que escuchó el programa de ayer, ¿no?, de denunciar lo que otros hasta hoy habían venido callando.

—Precisamente por eso. Mayte. Hace apenas una hora he estado en comisaría para corroborar unos datos que solicitaba la policía sobre Mario Alberto. Ese muchacho está destrozado y muy arrepentido de lo que usted llama valentía. Creo que es mucho más

ético silenciar este asunto momentáneamente.

—Sigo sin entender el porqué, Katharine.

Cuando la presidenta y fundadora del F.

C. MI

LLONARIOS NEW YORK iba a matizar su postura, la puerta se abrió con cierto estrépito enmarcándose en ella la desaliñada silueta de Derrick Hudson. Quien exclamó:

—¡Yo te diré el por qué!

La señorita, con gafas y todo, venía tras el detective y se agarraba a una manga de su jersey, gritando:

—¡Lo siento de veras, señora Kelsey! Le he dicho que estaba usted ocupada, que no se podía... ¡Pero se ha puesto violento! Créame que no he podido...

—Déjelo, Martha, y no se preocupe. El caballero se queda con nosotras.

La señorita se retiró, avergonzada y compungida, mientras Hudson, tras cerrar la puerta, avanzaba hacia la mesa mirando a Katharine Kelsey con una extraña sonrisa flotando en los labios.

—¿Usted debe ser el detective que estuvo ayer en el programa, cierto?

—O. K., Katharine —repuso con su habitual desenfado.

—¿Y dice que sabe el por qué... el porqué, de qué?

—De su, ¿decimos humanitaria postura? Así que ahora saca usted a relucir la ética y las buenas costumbres, ahora se acuerda de lo que es moral y de lo que no lo es, ¿verdad? ¡Ah!, ¿le importa que Mayte grabe nuestra conversación?

—¡Por supuesto que me importa! —exclamó, con evidente ira—. Me importa porque ignoro lo que usted se propone... pero entiendo que trata de calumniarme.

—¿De veras, Katharine? —Su tono era mordaz y burlón—. ¡No me diga! Grabando o sin grabar, yo le explicaré el por qué... desde el principio. ¡Y se quedará admirada, boquiabierta, al comprobar lo listo que soy! Antes de empezar permítame que le dé mi más sincero pésame por la muerte de su hermana... de Africa Kelsey.

La sangre fría de Hudson y el nerviosismo de Katharine, la llevaron en impulso casi infantil a cometer su primer error. Así, con esta exclamación:

—¡Usted la asesinó, maldito canalla!

—¿Cómo lo sabe, Katharine? Y si lo sabe, sabrá también que se trataba de ella o de mí. Y por mi parte, la elección estaba clara. Si usted no la hubiese metido a controlar los movimientos de Ulli Eberth, si usted no le hubiera encomendado la misión de asegurarse de que Eberth cumplía a rajatabla las instrucciones que usted le daba, Africa, ahora, estaría con vida.

—¡Eso es absurdo!

—No tanto, no tanto... El plan preconcebido por su amante y protector William Asner, preponderante mafioso de esta ciudad, del que usted simulaba haberse distanciado, tenía por objeto, a largo plazo, sin prisas... terminar con Roger L. Sullivan. Habían fallado los primeros intentos de sembrar rumores por el mundo del hampa acerca de que Sullivan había vuelto a los sistemas delictivos de la Mafia de los años treinta; era cierto, pero pueril. Era como ponerle a Sullivan una cataplasma en el ombligo. Y asesinarlo, cosa en la que su amigo Asner había pensado detenidamente, era peligrosísimo, por cuánto la persona que le protege desde Washington podía tomar drásticas represalias ya que a él no escaparía la identidad de quienes pudieran haber dictado la sentencia.

—¿Se da cuenta, detective —intervino Katharine, más tranquila ahora, incluso con aire y tono de suficiencia—, de que en caso de que toda esa sarta de estupideces fuera verdad, usted no podría probarlo aunque viviera veinte veces?

—¡Oh, sí, claro que me doy cuenta, Katharine Kelsey! ¿No le he dicho antes que soy un tipo muy listo? Siéndolo, no se me podía escapar tan elemental detalle. De todas formas, consciente de que no puedo probar nada, a sabiendas de que todo esto de nada me va a servir, con su permiso, seguiré... Asner no podía consentir que Sullivan siguiera por el mundo después de haber dejado la Mafia, que caminara libremente sabiendo muchos secretos sobre la organización, conociendo nombres que en un momento de cabreo se le podían escapar... era necesario, pues, encontrar un medio sofisticado para deshacerse de Roger L. Sullivan. Primero, una mujer... una mujer de la que él siempre había estado cautivo: USTED, Katharine Kelsey. ¿Y luego? Gran idea, que diría el cantante italiano, la que tuvo William Asner: ¡El *boom* del soccer! Ahí estaba el medio audaz y sofisticado para hundir, despacio... La Mafia no

tiene nunca prisa, al exiliado voluntario, a Roger L. Sullivan. Y ahí encajaba de nuevo usted, que de engatusarlo entre sábanas, pasaba a preparar la parte complicada del proyecto: así nacía el F.

C. MI

LLONARIOS NEW YORK, al amparo y justificación de ser el capricho de una mujer excéntrica y acaudalada a la que había invadido la fiebre del fútbol. Ése era el primer paso para vincular de alguna forma a Sullivan con el mundo del deporte, ¿no?

Katherine, fría e imperturbable, le obsequió esta vez con una sonrisa glacial. Dijo, casi desafiante:

—Era...

—El soccer había tomado gran auge a raíz de la llegada a equipos como el COSMOS y el WASHINGTON DIPLOMATS de estrellas de la talla internacional de un Pelé, Chinaglia, Cruyff, Neeskens, Franz Beckembauer, etcétera. La gente se apasionaba cada vez más y más por el emocionante espectáculo que ofrecían esos futbolistas de categoría mundial y de otros más modestos pero de indudable clase también, procedentes la mayor parte de centro y sudamérica. Quien tratase de perjudicar la buena marcha del soccer, de alguna manera estaba perjudicando a una gran masa de aficionados... ¿Cómo reaccionaría ese público mayoritario al saber que se estaba extorsionando a sus *cracks* favoritos...? ¿Cuál sería la respuesta del público ante la noticia de que la hermana de un futbolista había sido violada, ultrajada, sodomizada y asesinada con brutal amputación, porque aquél se había negado a cotizar el chantaje y porque había tenido el atrevimiento de denunciar públicamente la corrupción que estaba invadiendo al deporte...? ¿Cómo reaccionaría contra Roger L. Sullivan cuando su nombre empezara a vincularse con tan oscuros y sucios manejos? Cabía incluso la posibilidad de que algún fanático exaltado, obrando por su cuenta, lo acribillase a tiros, ¿no? ¡Menuda ganga! ¡Vaya favor! Pero ustedes no pedían tanto... bastaba con que las evidencias fueran suficientes para llevar a Sullivan frente a un tribunal, acusado de ordenar los chantajes y el asesinato de Viola Carvajal, actos cometidos por hombres vinculados a su organización: Ulli Eberth, Gareth Cotten, Simón Darrow, Jack Bender y un largo etcétera.

—¡Pero nosotros fuimos amenazados para evitar...! —exclamó

Mayte, interviniendo por primera vez.

—Para que les hiciésemos el juego, pequeña —la atajó Derrick al momento. Matizando—: Ellos conocen a la gente, sobre todo a la gente como nosotros. Sabían que una chica joven, con ambiciones y cierta fama, no iba a tragarse la noticia por un simple rasguño en la cara. Todo estaba previsto... ellos lo tienen todo previsto. Incluso el asesinar bestialmente a una muchacha como Viola... ¡ellos no se detienen ante nada! Los proyectos han de cumplirse tal y como se han concebido: ¿qué importa una Viola Carvajal más o menos, ¿verdad, Katharine Kelsey?

—Conteste usted, que parece tener respuesta para todo.

—Hasta esta mañana, sólo tenía vagas suposiciones. Después de saber que Africa era su hermana, he empezado a tener respuestas. Lo mismo que ya debe tenerlas Roger L. Sullivan.

—Lo dudo —volvió a sonreír fríamente Katharine. Ampliando—: Gordon Lagton sufrió un grave accidente, ayer noche, al llegar a Chicago. Creo que un taxi lo atropelló a la salida del *parking* del aeropuerto... ¡una verdadera desgracia! Y el coche de Simón Darrow ha caído esta madrugada al East River... con él dentro. Yo soy la única que podría darle respuestas al señor Sullivan y, como comprenderá, no lo voy a hacer. Habíamos quedado, muchacho inteligente, en que usted no puede probar nada de todo esto aunque viviera veinte veces, ¿no? Y tengo la sensación de que vivirá una sola y muy corta. Ya ve la de accidentes que ocurren por esos mundos de Dios...

—Yo no le aconsejaría que dictase sentencia contra mí.

—Ya está dictada, chico inteligente.

—Craso error, Katharine. Todo cuanto hemos hablado ha sido fielmente registrado en una cinta magnetofónica... que un teniente de policía, el ayudante del fiscal y tres funcionarios del Canal V de la JBC han escuchado con atención mientras grababan.

—¡Estúpido! Usted se cree todo lo que ve en las películas, ¿verdad?

—Casi todo, Katharine. Y ahora, si se toma la molestia de asomarse a ese magnífico ventanal, abajo, estacionada frente a este edificio, verá una de las unidades móviles de la JBC. Si a eso le añadimos que tanto Mayte como yo llevamos micros incorporados, mire... —Levantó el grueso cuello de su jersey, mostrando un

pequeño aparatito—, éste es el mío. ¿Quieres mostrarle el tuyo, chica de la radio?

Iba a hacerlo pero Katharine Kelsey les había vuelto la espalda al salir violentamente de la mesa para acercarse al ventanal.

—¡Maldición! —Tralló, revolviéndose, pistola en ristre—. ¡Os voy a matar a los dos!

La puerta se abrió con brutal estrépito.

—¡Yo, en tu lugar, me lo pensaría! —exclamó la voz de Roger L. Sullivan, automática negra, pavonada, con largo tubo silenciador enroscado al cañón, en la diestra—. Yo no necesito la cinta magnetofónica, Katharine... me ha bastado con escucharte en directo. Martha no ha tenido inconveniente en dejar que abriera la puerta unos milímetros... ¡Y pensar que estaba loco por ti! Y lo que es peor, pensar que lo sabía y que trataba de resistirme a la realidad.

—William te quiere muerto... ¡y muerto te va a tener!

¡PLOC, PLOC, PLOC!

Roger L. Sullivan, sin el más mínimo temblor en el pulso, apretó tres veces el gatillo. Katharine recibió de lleno los tres impactos cuando iniciaba la contracción de su dedo índice, y los proyectiles, al compás de la trágica danza que ella ensayó, se perdieron sucesivamente en el techo, desconchándolo.

Acabó de bruces en tierra, formando como un cuatro, muerta.

—En la cama era sensacional... incluso fingiendo —comentó Sullivan sin la menor emoción. Y mirando a Derrick, añadió—: ¡Gracias, detective! Estoy en deuda con usted... Y perdone que le haya utilizado, pero confiando en su sagacidad, era la única forma de conseguir que ella admitiera todos los cargos. No vacile en venir a verme si alguna vez me necesita. Y ahora, si me perdonan, la policía no tardará en llegar...

—La policía hace rato que está a su espalda, Sullivan —dijo una voz—. ¿Cómo ha podido ser tan torpe?

Dejó caer la automática. Razonó:

—No soy torpe, polizonte. Pero a Katharine Kelsey tenía que ejecutarla yo... yo personalmente. Contaba con este riesgo y creo que también mis abogados. No tardaré mucho tiempo en volver a la actividad, para desgracia de William Asner.

—No se preocupe por eso, Sullivan —repuso con fina ironía,

Paul Bassiter, teniente de la Brigada de Homicidios—. Le doy mi palabra de que usted y Asner coincidirán en la comisaría, hoy mismo... y con un poco de suerte pueden compartir celda en el penal. ¿Me permite que le espouse? Con hombres como usted nunca se sabe...

—¡Oh, sí, claro! Cumpla con su agradable obligación de policía. Pero no me lea mis derechos porque los conozco de memoria...

Ciñó las muñecas de Roger L. Sullivan con las esposas de precepto y luego, mirando a Mayte y Derrick, dijo:

—Les espero esta tarde para firmar sus declaraciones.

—Iremos, teniente, seguro —repuso el detective. Añadiendo—: Es otra oportunidad más hacia la fama. Anuncios en el New York Times, intervenciones en el JBC... ¿Se da cuenta de hasta dónde puedo llegar, teniente?

—Si continúa metiéndose en líos como éste, no muy lejos: garantizado.

—Yo cuidaré de que eso no vuelva a suceder, teniente Bassiter —dijo Mayte.

—No me tiznes, le dijo la sartén al cazo —murmuró, por toda respuesta, el policía, mientras sacaba a Sullivan por un brazo, de buenas maneras, del despacho de la difunta Katharine Kelsey.

—¿Qué habrá querido...? —empezó Mayte.

—Que uno nunca debe fiarse de la chica de la radio.

—¿Estás seguro, Derrick?

—Completamente. Oye... no sé si sabré decírtelo bien, pero me gustaría volverme a acostar contigo de una forma más, ¿legal se dice?

—Amo la ilegalidad entre sábanas, pero si te empeñas... —se empinó para besarle en la boca—. ¡Anda, vamos por la licencia!

—¿Temes que me arrepienta?

—No, pero... ¡sí!

Y la chica de la radio se lo llevó hacia los ásperos y espinosos senderos del matrimonio, en donde al decir de algunos no se está tan mal y porque además es el mejor estado del hombre...

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Conviene que el lector tenga muy presente que en USA se denomina como SOCCER lo que en la mayoría de los países del mundo se conoce por football —fútbol— o balompié. O sea, resumiendo, que en Norteamérica, el soccer, equivale a la liga de Fútbol de los estados europeos. Ellos llaman fútbol a lo que es en realidad el *rugby* americano. (Nota del autor). < <